

A person is shown from the waist down, standing in shallow water. They are wearing black swimwear: a bikini bottom and shorts. The water is dark, and the background is a warm, golden sunset or sunrise, with light reflecting off the water's surface. The person's hands are near their waist, possibly adjusting their clothing.

2^a entrega de la saga "Mafia"

SUPERSTICIÓN

EL PODER DE LA MAFIA

RAQUEL ATTARD

SUPERSTICIÓN: EL PODER DE LA MAFIA

Raquel Attard

Saga MAFIA

Libro 2

Sinopsis

¡Segunda parte de Realidad: la Mafia es tu vida!

Cuando la venganza se convierte en tu principal misión, no queda espacio para el amor... ¿o sí?

Blake tiene que atar muchos cabos para descubrir la verdad oculta mientras Álex se enfrenta con sus propios enemigos.

Cada vez hay más familias implicadas y demasiados enigmas por resolver.

Una novela romántica corta, trepidante y adictiva, que te tendrá enganchada al libro hasta terminarlo y, aun así, todavía quedará mucho por descubrir...

¡Adéntrate en el mundo de Blake, en el que nada es lo que parece!

Copyright

Título original: SUPERSTICIÓN: EL PODER DE LA MAFIA.

©RAQUEL ATTARD

Primera edición, abril de 2020.

ISBN: 9798639765971.

Sello: Independently published.

Diseño: Raquel Attard.

Licencia: Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguientes del Código Penal).

Los personajes y los hechos narrados son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

¡Gracias por adquirir este libro!
¡Estoy deseando saber tu opinión!
¡Te espero!



Y si te gusta, te invito a leer otras de mis historias.

*No hay que tenerle miedo a la muerte,
porque, cuando nosotros somos, ella no es,
y cuando ella es, nosotros ya no somos.*

Epicuro.

Nota de autora

En este libro aparecen personajes de la Saga Haz que cuente. No hace falta que leáis esa saga para entender esta historia, aunque os invito a hacerlo si queréis conocer mejor a los personajes.

¡Feliz lectura!

Prólogo

ÁLEX

En Roma había una vieja superstición que decía que matar a tu sangre te auguraba una vida de penalidades. Cósomo no era de mi sangre, pero ya lo quería como si lo fuera. Por eso me dolía tanto estar ahí, apuntando con mi pistola a su cabeza.

Dice la superstición que su fantasma te perseguirá hasta el fin de tus días, instalando en tu vida la mala suerte.

No era justo.

Era él quien nos había traicionado.

Era él quien debía cargar con la pena, no yo.

Noté que algo frío se apoyaba en mi cabeza.

Me giré y vi a Blake apuntándome.

—Déjalo —me ordenó.

Contuve el aliento, destrozado porque ella atentara contra mi vida y, a la vez, aliviado porque la muerte de mi amigo ya no estuviera en mis manos.

Segundo Prólogo

BLAKE

Bajé al salón en busca de mis padres, después de hablar con Zia y Fiorella. Por suerte, o gracias a mi esfuerzo, había aprobado el último examen y podría hacer el Doctorado el año que viene.

Sin embargo, no sabía lo que me esperaba al final de la escalera.

Ojalá no hubiera salido de mi habitación.

Ojalá no hubiera bajado ese último escalón.

Mi vida no habría cambiado para siempre.

Mi madre estaba llorando, desconsolada. Mi tío Agostino andaba concentrado, caminando de un lado a otro sin encontrar un rumbo fijo, hasta que levantó la cabeza y sus pasos lo guiaron hacia mí.

—Blake, tu padre... su coche.

Corrí como si me estuvieran persiguiendo y, en cinco segundos, ya estaba en el garaje. Encontré a mi padre subido en su vehículo, con una mano en el volante, otra en las marchas y el pie en el embrague.

Le temblaba todo el cuerpo.

—Papá, ¿qué pasa?

—Hay una bomba, Blake. No sé cómo han llegado hasta aquí, pero me han tendido una trampa.

Uno de nuestros hombres de seguridad estaba intentando desactivarla, mientras yo había estado ajena a todo, riendo con mis amigas por unas notas que ya de poco servían.

Mi teléfono vibró en el bolsillo y, por inercia, lo cogí. Pensé que, si alguien llamaba en ese preciso momento, quizá fuera para ayudarnos. Deseé que hubiera una intervención divina, que algo o alguien impidiera lo que estaba a punto de pasar.

—Han puesto una bomba en el coche de mi padre —informé a quien me llamaba. Ni siquiera me fijé en quién era la persona al otro lado del teléfono.

Escuché un *¿Qué?* ahogado y me lo aparté de la oreja. *Voy para allá.* Dijo esa lejana voz.

Mis ojos seguían fijos en los de mi padre.

Nunca vi tanto miedo en ellos.

Ni tanta resignación.

—Blake, tienes que ser fuerte. Cuida de tu madre y tus abuelos. Hija, tú y solo tú —remarcó la palabra—, eres mi legado.

—¿Qué dices? —grité con calma—. ¿Qué estás diciendo? —volví a repetir sin sentido—. Saldrás de esta, papá. Te jubilarás a tu manera, como tú querías.

Quería infundirle fuerza, pero ni siquiera podía tocarlo. No podía arriesgarme a que la bomba detonara.

—Escúchame bien, porque no sé cuánto tiempo tenemos. Esto no lo ha hecho un clan

enemigo, esto es obra de alguien que nos conoce. Encuéntralo y venga mi muerte, hija.

Eso fue lo último que me dijo mi padre antes de que su cuerpo se convirtiera en cenizas.

Lo siguiente que recordaba era a Álex gritando que saltara. El fuego. El miedo. La niebla. Las sombras. Álex desapareciendo como lo había hecho mi padre minutos antes. Su cuerpo calcinado. Una única lágrima. Y la oscuridad.

La vida nunca volvería a ser igual.

Capítulo 1. Nueva York

BLAKE

Desde el rascacielos más alto de Nueva York contemplaba mi ciudad. Las calles que me habían visto crecer, la vida que había disfrutado... todo estaba allí, oculto tras edificios gigantes que empequeñecían a las personas.

Y muchos de ellos eran nuestros.

La cadena de hoteles De Lucchi se erigía más allá de donde alcanzaba la vista y silenciaba la verdadera realidad que emergía del asfalto. Mientras las personas caminaban de un sitio a otro, perdidas en el curso de sus vidas, yo estaba concentrada en la frontera. La que dividía el bien y el mal, el corazón y la razón, la suerte y el destino.

Había heredado el negocio de la peor forma posible y ahora tenía que ser la cabeza de familia, tenía que enfrentarme a mis peores pesadillas y, me había preparado para ello, me enseñó el mejor. Aunque mi padre nunca había pretendido que mi corazón se convirtiera en piedra.

Él quería a mi madre como a nadie, era el amor de su vida. Y me quería a mí, a mis tíos, a mis primos y a mis abuelos. Por ello me resultaba tan difícil seguir sus pasos, continuar el camino que él había preparado tan sabiamente para mí. Porque yo nunca sería como él. Tan dura y bondadosa, tan noble y fuerte. Pero lo intentaría. Desde lo más profundo de mi ser.

Lo último que me pidió antes de morir fue que vengara su muerte. Él estaba seguro de que aquéllo debía haberlo orquestado alguien que nos conocía muy bien, puesto que consiguieron acercarse demasiado. Entraron en nuestra propiedad. En nuestro territorio. Hice la firme promesa de descubrir quién había sido. Se la hice a él y me la hice a mí misma.

Y nada ni nadie me impediría cumplir su última voluntad.

Haría de ella mi misión personal.

Pero eso que me había pedido mi padre, era lo mismo que me ponía en un aprieto, porque debía desconfiar hasta de mi propia sombra. Debía posicionarme por encima de lo que era ahora, ver las cosas en perspectiva, distanciarme del presente. Tenía que descubrir a la mujer que había en mí, a la estratega, a la mafiosa.

Y no sería una tarea sencilla.

Mi abuelo siempre decía que a una persona no la hacía grande quien era, sino quien tenía alrededor. Si te rodeas de tu gente, si esa gente te es leal, es porque tú demuestras que merece la pena que te sigan.

¿Cómo romper con aquéllo que tenía tan arraigado?

Ayudaba que la gente solo viera lo que quería ver.

Ayudaba poder ocultarse a plena vista.

Volví a casa, esperando encontrar esa parte de mi humanidad que veía perdida. Y parecía que el destino había jugado sus cartas, porque mi madre me sorprendió con algo que me encogió el corazón.

Una nota llegó desde Roma.

—Cariño, ¿quién ha escrito esto? —me preguntó mi madre en cuanto llegué.

—No sé de qué me hablas.

Cogí el papel que me tendía, esperando encontrar amenazas o algo peor. Un vestigio del futuro que me aguardaba.

—Esta nota. Estaba en la puerta.

Se la quité de las manos.

En ella rezaba *Il mio cuore e per voi*¹, con una caligrafía rápida pero preciosa.

¿Cómo era posible que necesitara algo que no conocía? ¿cómo podía doler algo que ni siquiera teníamos? Esa relación maravillosa que podíamos haber construido, que latía a nuestro alrededor, recordándonos a cada instante que la vida podía ser más. Arrugué el escrito y me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta.

Debía apartar a Álex de mi mente, tenía que olvidarle y pensar en lo que estaba por venir.

Necesitaba curarme, y eso únicamente lo conseguiría haciéndome de hierro. No había sitio para nadie más.

Y una cosa sí tenía clara: nunca volvería a ser la misma.

Pero, para mis adentros, sin que nadie me escuchara, me permití pronunciar por última vez: mi corazón también es tuyo, Álex.

Capítulo 2. Roma

ÁLEX

Estaba sentado en la *Fontana di Trevi*, pero mi mente estaba a muchos kilómetros de allí, en Nueva York.

Pese a que Roma era mi casa, quería volver, quería verla, pero por el momento iba a ser imposible. Tenía que acabar con los Léoni.

Aquí contaba con la ayuda de mi primo y los hombres que antes estaban a mi cargo y ahora estaban al suyo. Romano volaría a Italia mañana. Era algo que teníamos que hacer los tres juntos.

La venganza sería épica.

Lo único bueno de estar aquí era que me reencontraría con Julia y ella por fin volvería a reunirse con Sebastian y podría acompañarnos en nuestra nueva vida. Por fin podríamos llevárnosla a Nueva York y estar de nuevo juntos toda la familia. Bass y Julia merecían tener una vida feliz por encima de todo. O una vida. Solo pedía eso.

Mi hermano y mi cuñada habían pasado por mucho. Llevaban juntos desde el colegio. A veces, no sabía cómo lo hacían. Cómo tenían esa complicidad, esa conexión, ese poder el uno sobre el otro. Nunca los había visto pelear. Seguro que lo habrían hecho, más veces de las que pudieran contar y, sin embargo, ahí estaban. Separados, pero más fuertes que nunca.

Bass era el mediano de los tres y, por ello, había heredado la gracia de mi madre y el saber estar de mi padre. No era tan serio como yo, tan distante. No era tan despreocupado como Romano, tan descuidado. Tenía lo mejor de cada uno y yo no podía admirarlo más. Sabía lo que mi cuñada, lo que cualquier persona, veía en él.

Sabía lo que valía y lo valoraba por ello. Por eso, estaba seguro de lo intranquilo que se encontró cuando Leo lo informó de que Julia estaba en peligro, y que su actitud anterior era, simplemente, fachada.

Mi hermano tenía la peculiar costumbre de impregnar sus palabras con burla e ironía, creyendo que así tapaba la realidad de lo que ocurría a nuestro alrededor. Por una parte, casi se lo agradecía, porque hacía que todo pareciera más fácil, más liviano.

Aun así, sabía que estaba en contacto permanente con Leo por si ocurría algo. Y el momento había llegado. Esta amenaza ya no podíamos ignorarla.

Los Léoni se dieron cuenta de que Julia estaba haciendo transacciones para nosotros y la presionaron para que nos delatara. Pero ella nunca lo haría. Mi primo, que la tenía vigilada y la protegía de lo que pudiera pasar, mandó un mensaje a Bass y corrimos hacia Roma.

Quedaba poco para que se reencontraran. Teníamos que esperar a Julia en la *Piazza Cociferi* en cinco minutos. Bastian ya estaba allí. Me levanté de la *Fontana* y dirigí mis pasos hacia esa parte de mi ciudad que me resultaba tan conocida, pero lentamente, esperando darles un poco de intimidad. Dios sabía que la necesitaban, pese a que yo también estaba deseando verla.

Me apoyé en la pared de la iglesia y vi a una morena, de pelo corto, mirando hacia ambos

lados y hacia atrás. Sin duda era Julia. Aunque nadie vivía tranquilo, y menos en Roma.

Por mi cuerpo subió el rumor de la incertidumbre, de lo que nos depararía el futuro, de si volvería a verla. Yo sabía que sentía por Blake lo mismo que mi hermano por mi cuñada, pero no podía siquiera llegar a imaginar lo que supondría para ellos este reencuentro.

Bass salió de entre las sombras y fue en su busca. Cuando mi cuñada lo vio, le cambió el rostro. Sus ojos se abrieron, iluminándole la cara, y comenzó a llorar. Mi hermano la rodeó con sus brazos y la protegió como solo un Cabante sabría hacerlo. Esa sería la última vez que estarían separados. Nos encargáramos de ello.

Cuando se miraron, sonrieron, se besaron y se abrazaron con fuerza, supe que era el momento para acercarme. Julia levantó la cabeza del hombro de Bass y posó en mí su mirada, comenzando a reír casi a carcajadas. No fui capaz de expresar cuánto la adoraba.

Miró a mi hermano, separándose de él apenas unos milímetros y luego se concentró en mí. Le cogí la cara entre mis manos y le besé la frente, sintiéndome completo. Luego, nos abrazamos los tres, sabiendo que ese era solo el primer paso de lo que estaba por llegar.

—Pero bueno, ya está bien, ¿no? —me golpeó mi hermano en el hombro, bromeando—. ¿Quieres dejar en paz a mi chica?

Le devolví el golpe, cariñoso. Por primera vez desde que recordaba, yo también reí a carcajadas.

—También es mi chica, Bass —me burlé.

—De eso nada, hermano —Bass abrazó a Julia de nuevo y la apoyó en su costado—. Tú ya has encontrado a la tuya.

¿Tendría razón? Puse gesto serio, obviando esa afirmación. En ese momento, ni siquiera sabía el alcance de lo ocurrido en Nueva York. Cómo habría afectado a las familias la muerte del padre del Blake, ni cómo estaría ella soportando la pérdida.

De lo único que estaba seguro era de que, el beso que nos dimos antes de venir, no sería el último. Yo no lo permitiría.

No había llegado tan lejos, no me había permitido sentir esto por alguien, sin llegar hasta el final. Quería ver lo que aguardaban esos sentimientos. Quería aceptarlos y que fueran correspondidos, como me hizo creer con aquél beso. Quería experimentar la atracción y perderme en ella, sin volver la vista atrás.

El cielo rugió junto a un ruido de sirenas. Los *carabinieri*² se acercaban. Teníamos que correr. Debíamos irnos, refugiarnos lejos de los que nos acechaban. No quería hacer conjeturas, pero no había que ser muy inteligente para saber que alguien los había mandado.

No podíamos alojarnos en nuestra casa ni en la de Julia, porque nadie debía saber todavía que estábamos en Roma, así que compramos algo de cena y nos fuimos al hotel que mi cuñada había reservado. Era discreto y, por supuesto, utilizamos nuestros nombres falsos, los mismos que para el vuelo.

Ellos cogieron una habitación y yo otra.

Me despedí hasta el día siguiente.

Me duché, dejando que el agua recorriera mi cuerpo como nunca lo había hecho ella. Pensando en todo lo ocurrido. En lo que nos trajo hasta aquí. Sintiendo perdido cuando tenía que ser más fuerte que nunca.

Comí un poco y me acosté, intentando no pensar. Para la misión que teníamos por delante, debía mantenerme frío, impassible. Debía demostrarles a todos lo que no era capaz de demostrarme a mí mismo. Pero comenzaría a partir de mañana, dejando que la habitación, y mis pensamientos, me consumieran esta noche.

Capítulo 3. Refuerzos

ÁLEX

Romano llegó en el vuelo de las once. Lo esperábamos en el aeropuerto, tras los cristales tintados de un coche de alquiler. Yo conducía, mientras que Sebastian y Julia estaban en el asiento de atrás, cogidos de la mano.

Me di cuenta del vínculo que nos unía. La familia de sangre y la que uno elige. Y la responsabilidad que eso conllevaba. Nuestra mayor debilidad también era nuestro poder más grande. Y ponernos a salvo a nosotros mismos, y a las personas que queríamos, debía ser la meta principal.

Romano abrió la puerta del copiloto, sonriendo. El maldito cabrón nos conocía a la perfección. No tuvo que mirar dos veces para saber dónde estábamos. Pese a que sabíamos que no era un momento feliz, a todos nos inundó una sensación de alivio por su alegría.

Estábamos juntos, por fin.

Julia le dio las manos y ese simple gesto lo dijo todo. A veces sobraban las palabras. Arranqué el vehículo y nos pusimos en marcha. Teníamos que ver a Leo y a nuestros hombres, que ahora trabajaban para él.

En teoría, mi primo estaba distanciado de nuestros negocios ilegales ya que, al estar en política, no podía permitir que lo relacionaran con ellos. Pero, en la práctica, nuestros hombres seguían rindiéndole cuentas a él y, muchas veces, los utilizaba como escolta personal, para que pasaran desapercibidos.

Eran negocios demasiado lucrativos como para dejarlos sin más, aunque Julia se estaba encargando de camuflarlos bajo una apariencia de legalidad. Para eso se había quedado en Roma.

Quedamos en la vía *Antistio*, al otro lado de la ciudad. Allí Leo tenía un piso franco.

Por el camino, Romano nos contó que había dejado a mis padres en Nueva York cuidando de los negocios y representando una normalidad que no existía. Mi madre se tuvo que implicar, aunque no quisiera, ya que mi padre debía parecer limpio a ojos de todos.

Al llegar, metí el coche en el garaje, poniendo el código de seguridad que me había enviado mi primo a través de un móvil desechable, y nos adentramos en el edificio.

Cuando llegamos arriba, la puerta se abrió de repente, y un hombre corpulento se tiró a mis brazos. Era Ciro. El más fiel de mis hombres y un trabajador incansable.

—Yo también me alegro de verte, amigo —correspondí a su abrazo.

—*Il mio capo, e mi manchi tutto il tempo. Come stai?*²

—*Sto bene*⁴, ¿qué tal por aquí?

Entramos en la casa, devolviendo cada saludo. Era increíble el cariño que nos guardaban. Mi primo fue el último al que saludé, pero el abrazo que más sentí.

—Cuánto tiempo, Leo —musité en su oído.

Hacía ya casi tres meses desde que nos habíamos ido a Nueva York y, para mí, eso suponía demasiado tiempo alejado de Leo.

—Demasiado, primo —me correspondió y dio el mismo saludo a Roma y Bass—. Os veo

bien.

Mi primo era un hombre de palabra y nos hizo saber desde el primer momento que contábamos con su apoyo. Julia no habría sobrevivido sin él.

—Podríamos estar mejor, te lo aseguro —contesté.

—¿Qué tal por Nueva York? ¿cómo están mis tíos?

—Nos ha costado mucho hacernos un hueco —dijo Romano—, pero vamos tirando. A papá están a punto de darle su plaza como Juez.

—Eso es estupendo —sonrió, dándome una palmada en la espalda—. Os estoy echando demasiado de menos —se lamentó y su sentimiento fue el mío propio.

—Ojalá pudiéramos volver —aunque, cuando lo dije, me dio un vuelco al estómago. Volver a Roma significaría no ver más a Blake y yo no estaba preparado para esa posibilidad.

—Estoy en ello. Sabéis que me metí en política para luchar contra la gentuza que nos quiere dar caza.

—Por eso precisamente estamos aquí —tomó Bass la palabra—. Venimos a acabar con los Léoni.

—¿Estáis locos? —se sentó en el sillón, incrédulo—. ¿Qué os hace pensar siquiera que lo conseguiríais?

—Sabes que Julia está en peligro, tú mismo la has cuidado todo este tiempo —continuó Bass con su exposición—. Pero, aunque se venga a Nueva York con nosotros, nunca, ninguno de los Cabante estará seguro mientras el último de los Léoni siga vivo. Incluidos tu madre y tú.

Mi primo cabeceó, mientras mis hermanos y yo nos mirábamos.

—Aquí soy el príncipe. Mi madre se va a casar con el alcalde, somos casi intocables —se regodeó—. ¿Por qué creéis que hemos sobrevivido tanto tiempo? ¿por qué pensáis que Julia sigue viva? Ellos nos temen a nosotros.

Mis hermanos y yo asentimos. Por una parte, tenía razón, pero nadie estaba seguro del todo.

—Tú lo has dicho, primo, *casi* intocables —respondí yo, enfatizando la palabra—. Sabes que te agradecemos mucho todo lo que has hecho pero, ¿cuánto crees que durará esa falsa sensación? ¿crees que no prepararán un accidente? ¿un encuentro fortuito? Como hicieron con tu cuñada Giovanna cuando se entrometió en sus asuntos.

Giovanna era la hermana de Livia, la novia de mi primo. Pero también era la mujer de Alessio, el ahijado de mi padre. Sus padres le pusieron el nombre en honor a él. Era parte de la familia y para nosotros siempre fue uno más. Tanto él como su hermana, Isabella, crecieron con nosotros, puesto que mis padres se hicieron cargo de ellos cuando los suyos murieron.

Pero asesinaron a Giovanna a sangre fría y, con el paso de los meses, la situación se hizo tan insoportable que tuvieron que irse a España.

Ya llevaban algo más de un año allí, aunque Bella todavía controlaba el negocio de Roma, un despacho de abogados de alto nivel que se dedicaba solo a derecho penal. Había defendido a algunos de mis hombres en ocasiones. Pero no estaba segura aquí, por eso viajaba a Málaga varias veces al mes.

A mis hermanos y a mí nos hubiera gustado irnos con ellos, pero mis padres eligieron Nueva York porque para mi padre iba a ser más fácil trabajar como Juez allí.

—Precisamente Bella estuvo aquí hace un mes. Me pidió que la ayudara a cerrar el negocio. Ni siquiera vendrán a la boda.

—¿Y te extraña? —pregunté retórico. Cuánto más lejos estuvieran de Roma, mejor.

—¿Lo ves? Primo, te mandarán a dormir con los peces antes de que te des cuenta —continuó Romano—, y si pueden, lo harán también con el alcalde. Piensa en Livia.

Mi primo hizo una mueca. Su novia estaba embarazada. Una nueva vida crecía en ella y lo que menos queríamos era verla peligrar. Ellos estaban en primera línea de fuego.

—Mientras los Léoni estén operando en Roma, estamos en peligro, ¿no te das cuenta? —gritó Bass, enfurecido—. Mis padres, nosotros mismos, hemos tenido que dejar toda nuestra vida. Comenzar de cero.

Entendí la furia de Bass. Mi primo se resistía a entender nuestras palabras.

—Creo que tenéis a una Léoni allí mismo, en Estados Unidos.

Efectivamente, no nos habíamos topado con Petra Léoni cara a cara, pero sí la teníamos vigilada. Era una mujer de unos setenta y pocos años, que se pasaba el día metida en casa de su hijo, Salvatore Lorenzo, y solo salía a la calle para dar paseos cortos con una de sus nietas, Vera.

—De momento, podemos manejarla. Tiene tanta mala leche como ellos, pero no poder suficiente —expliqué—. Italia es el problema. Roma está infestada con esos asesinos.

—¿Y qué tenéis pensado para llevar a cabo vuestro plan?

Por fin, mi primo se interesó por lo que nos había llevado allí. Esa sería la parte más difícil y necesitábamos su ayuda.

—La boda de tu madre con el alcalde será el momento perfecto. Sabemos qué familias están invitadas.

El momento no había podido ser más propicio. Antes de irnos, había rumores de boda y mi padre no tardó en pedirle a mi tía que concretara una fecha cuanto antes. A todos nos convenía esta unión.

—¿Para eso habéis venido? ¿para estropearle la boda a mi madre?

—Mejor perder una boda que perder nuestras vidas —afirmé.

—Sabéis lo que me juego con esto.

—Tu puesto como sucesor del alcalde algún día, lo sabemos.

—Y no solo eso. ¡La libertad! —enfaticó—. Ganar esta lucha con palabras, no con muertes.

—Después de lo que nos hicieron, no merecen clemencia por nuestra parte —dijo Bass, que se estaba exasperando por tanta reticencia. El resto de hombres estaban callados, escuchando lo que decíamos, aunque vi algunos asentimientos.

—No es clemencia. No siento por ellos la más mínima empatía y lo sabéis. Es hacer las cosas bien, legalmente.

Leo era un gran político, de los que todavía tienen ideales, y algún día sería un gran alcalde. Pero estaba muy equivocado si pensaba que esta guerra no se libraba con la fuerza.

—Primo —lo miré solemne, pero desafiante—. Haremos esto contigo o sin ti —mis hermanos asintieron—, pero nos gustaría que fuera contigo.

—La boda tiene que llevarse a cabo —contestó—. No puede salir mal.

—Ni para tu madre, ni para ti, supondrá un problema que se posponga unas pocas semanas —sonrió Romano.

Leo se dio por vencido. Todos los hombres presentes estaban con nosotros, él era el único que se resistía... hasta ese momento.

—Está bien —exhaló un suspiro—. Contadme vuestro plan.

Capítulo 4. La primera batalla

ÁLEX

Bass y Julia se presentaron en la boda de nuestra tía Mérida, trajeados y pasando por delante de la seguridad privada y de la policía de Roma. El alcalde, Alfredo Collati, no había escatimado en recursos para esa ocasión, pero mi hermano y mi cuñada eran familia, y mi primo los había puesto en lista con sus verdaderos nombres. Sabíamos a lo que nos arriesgábamos, pero era el momento de que supieran que estábamos allí. Y queríamos que así fuera. Si veían a Bass en la boda, no buscarían fuera de ella.

Romano y yo estábamos apostados en lo alto de una azotea, en un edificio a cincuenta metros de distancia. Nosotros también habíamos desplegado nuestras armas. Teníamos dos H50 con mira telescópica apuntando a cada puta cabeza que pasaba por la alfombra roja de la entrada a la Iglesia *Verdiale*, donde se celebraba la boda, y una docena de testigos que afirmarían que estábamos en un atasco al otro lado de la ciudad en el momento de los disparos.

Era el plan perfecto.

Nadie debía saber que habíamos sido nosotros, por más que me gustara que toda Roma se arrodillara ante los Cabante cuando acabáramos con los Léoni. Pero hoy solo podríamos ocuparnos de dos de ellos. Matar a más, levantaría sospechas.

—Todo va según lo previsto —dijo Romano. Sabíamos que tanto mi tía como el alcalde estaban ya dentro. Ellos no saludarían a la prensa hasta que el enlace tuviera lugar—. ¿Quieres patatas?

Lo miré agotado. Mi hermano era incorregible.

—¿Cómo puedes comer en un momento así?

—No me has dejado almorzar. No puedo pensar con hambre.

Moví la cabeza. Incluso en aquél instante, mi hermano me hacía sonreír.

Miré por la mirilla de mi H50 y vi como mi primo entraba a la iglesia. Iba cogiendo a Livia de la cintura en un gesto protector. Se paró un segundo a hablar con los periodistas y la gente de a pie que se agolpaban detrás de las vallas dispuestas para contenerlos y respiré con alivio cuando desaparecieron por la entrada. Los seguían numerosos invitados que representaban a todas las familias más prestigiosas de Italia.

Debíamos ser muy cuidadosos. No queríamos más muertes de las que habíamos ido a buscar.

Distinguí a los Beligio, los padres de Livia. Me apenó que Aless y Bella no hubieran ido a la boda pero, a la vez, entendí sus motivos. Detrás aparecieron los Pinazzo, seguidos de los Léoni.

—Ahí están.

Divisé a Santos y Ricardo Léoni, los hermanos de Petra, con sus respectivas mujeres, Marieta y Estefanía. No iban todos sus hijos, solo divisé a Marcello, pero eso no importaba. Nuestro objetivo eran los cabeza de familia.

—Los veo —confirmó mi hermano—. Yo me encargo de Ricardo.

Apunté a Santos.

—Cuando cuente uno, Romano. Antes de que sigan avanzando.

Teníamos que hacerlo los dos a la vez, con precisión. No podíamos dejar a ninguno de los dos con vida. Ajusté el arma.

—Uno —dije y ambos disparamos.

Vi como Santos caía con un tiro en la cabeza y cómo comenzó a cundir el pánico. Desplacé la mirilla y reconocí a Ricardo en el suelo, con Marcello agachado sobre él. La prensa tendría grabado el momento para toda la posteridad.

—Tenemos que irnos.

Recogimos las armas y salimos del edificio como habíamos entrado. Sin que nadie nos viera.

Sabíamos que la boda se pospondría y que el alcalde decretaría dos días de luto, como dictaba el protocolo. Tenía la esperanza de que, si mi tía se enteraba de que habíamos sido nosotros, nos perdonara por haberle estropeado el día que tanto llevaba esperando. Ella mejor que nadie debía entenderlo.

Nos reunimos varias horas después con Bass y Julia. Nos dijeron que los habían retenido para tomarles declaración, pero poco importaba. Ellos no sabían nada. Nadie podría asegurar lo que había ocurrido allí.

—Entonces, estamos a salvo —sonrió Julia a mi hermano, aunque la afirmación iba para todos.

—Todavía no. Esta es solo la primera batalla —dije.

—Hermanito, disfruta por un momento del triunfo —se pavoneó Romano—. Hemos cortado la cabeza de su cúpula.

—Les va a costar mucho recuperarse —comentó Bass— y, mientras tanto, planearemos el siguiente ataque.

Asentí.

—Es hora de irnos.

Mis hermanos sabían que yo lo estaba deseando. Quería volver a Nueva York, ver a Blake, sentir la seguridad del hogar.

Sin embargo, y pese a todas las dudas que me engullían, una pregunta rondaba mi mente. Y solo una.

Realmente, ¿estábamos preparados para lo que vendría después?

Capítulo 5. El funeral

BLAKE

El funeral de mi padre fue muy emotivo. A mi lado estuvieron John, Zia y Matteo, Fiorella y Carrick, y mis primos, Giordano y Cósomo. Mi madre lloraba incansable, como si nunca se agotara ese río que corría por sus ojos. La rodeaban mi tíos, Bianca y Agostino, y mis abuelos, Annetta y Doménico.

Unos mostraban su tristeza más que otros. Cada uno cargaba con su dolor de forma diferente.

La recepción posterior la hicimos en casa. La mansión acogió más vehículos y personas de los que había visto jamás. Estaban todas las familias. Los Ricco, los Inchenza, los Gulio y los Lorenzo, junto con la mayoría de sus hombres de confianza.

Incluso vinieron los Spígola, la familia de mi abuela, desde Sicilia. Mis primos y yo ni siquiera conocíamos a Hemelda, hermana menor de mi abuela, su marido Edgar y su hijo, Marco, que no sería mucho mayor que yo; ni a Antonello, el hijo de Lucho, el fallecido hermano de mi abuela y su mujer Renata. Escuché a Annetta preguntar por Vincenzo que, al parecer era el hermano de Antonello, y este le contestó que estaba en París, no sin antes echarle una mirada rápida a su tío Edgar, lo que me inquietó.

Sabía que seguíamos en contacto con ellos e incluso teníamos negocios en marcha, pero a mis primos y a mí siempre nos habían tenido apartados porque, como nos explicaron cuando me enteré de que debía casarme con John, eran asesinos a sueldo, algo que mi abuelo repudiaba.

Pero, en ese momento, daba igual. Aquéllo no se trataba de negocios, sino de estar presente cuando tu familia te necesitaba, y eso hicieron. Arrojaron a mi abuela y, con ella, a todos nosotros.

Aunque yo no me fiaba de nadie. Cualquiera de los presentes podía haber puesto la bomba, por más incapaces que parecieran a mis ojos.

Al fin y al cabo, estábamos hablando de la mafia.

Todo el mundo quería mostrar sus respetos a mi familia y no dejé de dar manos, besar gente y escuchar en mil ocasiones lo bueno que era padre. Como si alguien tuviera que informarme a mí de cómo era. Decir <<bueno>> se quedaba corto. Era el mejor.

—¡Han matado a mis hermanos! —escuchamos gritar a Petra en mitad del salón. Sus labios dibujaron una fina línea y, la rabia que siempre había emanado de esa mujer, nos envolvió a todos en una burbuja de odio y maldad.

Volví a ver a los Spígola mirarse entre sí, hablando sin palabras.

—Mamá, ¿qué dices? —mis padrinos, Salvatore y Graziella, se acercaron a ella para intentar contenerla. Todo el mundo los miraba expectantes.

—Han matado a Ricardo y a Santos a sangre fría —siseó, bastón en mano—, en la boda del alcalde.

Ninguno entendimos por qué. ¿Qué habría ocurrido? Los Léoni eran una familia muy consolidada en Italia. Eran fuertes y ellos lo sabían. ¿Quién se había atrevido a desafiarlos?

Zia también corrió al lado de su abuela e intentó abrazarla, pero esta le dio un manotazo,

apartándola, y clamando venganza.

Petra solo consintió que fuera Vera la que le pasara un brazo por encima del hombro, en forma de consuelo. Salvatore nos pidió disculpas y se la llevaron de allí. Graziella, Zia y su novio, Matteo, se fueron detrás. Martia se detuvo un segundo para buscar con la mirada a Giordano, que la desvió, y también salió. Pensé que mi primo debería haberla apoyado más en ese momento.

Quizá fuera una falta de respeto hacia mi familia por el sitio en el que estábamos, pero entendí su dolor perfectamente. Que te arrebataran a alguien de tu sangre, de un día para otro, y sin razón aparente, era desgarrador. Aunque no me cabía duda de que habría algún motivo para ello.

Calmamos a los presentes ofreciéndoles la comida y bebida dispuesta en las mesas y, cuando ya no pude más, me retiré a un aparte y me permití soltar las lágrimas que se agolpaban sin poder detenerlas por más tiempo. Tanta muerte a nuestro alrededor, tanta destrucción. Era insoportable. Sentía que me ahogaba.

—Blake —escuché a mis espaldas la voz de Doménico.

Me levanté para abrazarlo.

Mi abuelo. De semblante serio y mirada valiente. Todo lo que habría visto y vivido, y ahí seguía, casi imperturbable. Admiraba profundamente su entereza y me comía por dentro no parecerme un poco más a él en ese momento.

—Llora cuanto quieras, mi niña —me dijo, acariciándome la espalda—. Llora cuanto te haga falta para sanar tu corazón, igual que voy a hacer yo.

Estaba segura de que él soltaría sus lágrimas en silencio, sin que nadie lo viera. Era así de tenaz.

—No quiero sentirme débil —gimoteé, como una niña pequeña.

Él cogió mi cara entre sus manos y me miró tan firmemente, que me hizo estremecer.

—Las lágrimas no te hacen de menos, hija mía —me dijo—. Para saberse fuerte, hay que conocerse débil.

Asentí, secándome la cara.

—Abuelo, ¿qué crees que habrá ocurrido con los hermanos de Petra? —le pregunté.

—La muerte toma lo que la vida da y, ni esa mujer, ni su familia, entendieron nunca que por separado somos fuertes —dijo solemne—, pero juntos somos invencibles.

Con eso lo decía todo. Los Léoni siempre habían renegado del resto de familias. Se creían mejores. Incluso Petra se negó a abandonar el apellido cuando emigró a Nueva York con Micaelo Lorenzo, el fallecido padre de Salvatore. Ni siquiera sabíamos por qué no había vuelto a Roma cuando Micaelo murió. Ella no quería estar aquí.

—¿Cuándo se acabará, abuelo? ¿es necesario este derramamiento de sangre?

—Blake, sé cuánto sufres, porque tu dolor es el mío —cogió mis manos entre las suyas y sentí que compartía el peso de mis hombros—. Pero ten presente que esto pasará, que la pena se atenuará. Ocurrirán cosas o conocerás a gente, y tu vida cambiará para mejor.

Quizá ya habían ocurrido. Quizá ya las había conocido. Pero en lugar de detenerme a pensar en eso, manifesté aquello que más preocupaba.

—Ni siquiera sé en quién puedo confiar.

Él estaba muy bien enterado de las últimas palabras de mi padre. Yo misma se las había contado. Alguien cercano a nosotros nos había traicionado. O, al menos, eso era lo que mi padre pensaba.

—Lo sé. Pero recuerda que tu familia es tu fuerza.

Por supuesto, podía confiar en mi madre, mis tíos, mis primos, mi abuela y en él mismo. Eso

era incuestionable.

Entre nosotros éramos intocables.

Era imposible que ellos me fallaran.

Hice un gesto con la cabeza, comprendiéndolo y luego fruncí el ceño porque había algo más que quería preguntarle.

—¿Qué opinas de que los Spígola estén aquí?

Puso mala cara. Había tocado un terreno pantanoso y lo hice a propósito.

—No los veía desde hacía décadas... —suspiró—, y espero no volver a verlos en lo que me reste de vida.

—¿Por qué dices eso? —quise saber, aunque estaba segura de que no me lo contaría.

—Esa familia siempre ha dado problemas.

—Pero os ayudaron no matando a la persona que protegisteis, la que los Ricco escondieron —indagué. Necesitaba saber más de aquéllo si quería romper mi compromiso con John.

—A un alto precio, Blake —se pasó una mano por la frente—. Un precio que los Marconni todavía estamos pagando, aunque jamás pueda arrepentirme de ello.

Supe que no se refería a mí. Que me obligaran a casarme era lo de menos. Había un sentimiento mucho más arraigado en su interior, pero ese día no le sacaría nada más sobre el tema.

—Abuelo, lo que le han hecho a papá, lo vamos a devolver multiplicado por mil —afirmé y él estuvo de acuerdo.

—La sangre llama a la sangre —sentenció.

Tres días después, firmamos la aceptación del testamento. Mi padre lo había dejado todo muy bien atado. Incluso había dejado una carta para mí.

Blake,

Si he muerto, espero que te llegue esta carta.

Digo <<espero>> porque un padre siempre quiere que sus hijos le sobrevivan. Esa es la Ley de la vida. Pero, en el mundo en que vivimos, la vida es simplemente... cruel.

Si recibes esto, es porque hemos tenido esa gran suerte, por lo que hay algunas cosas que tengo que pedirte:

Primera, cuida de los que siguen vivos. Ama incondicionalmente a la familia que tienes, porque ellos son el camino para conseguir todos tus propósitos.

Segunda, confía en ti misma. Busca dentro de ti las respuestas a todas las preguntas que te estás haciendo porque, muy en el fondo, sé que las sabes.

Tercera, juré no revelar nunca este secreto y solo dormiré tranquilo para el resto de la eternidad llevándomelo a la tumba. Pero puedo decirte algo: en la verdad, hallarás la libertad.

Hay una palabra que ha definido toda mi existencia y mis acciones. Quiero que esta palabra te guíe ahora y siempre:

Lealtad.

Hija mía, amo con locura a tu madre, daría la vida por ella. Pero quiero que sepas que tú eres la única persona por la que iría al infierno. Desde que naciste, he vivido para ti, mataría por ti, te he protegido siempre, me necesitaras o no, y aun muerto, seguiré junto a ti eternamente.

Blake, si te enseñé bien, y sé que lo hice, sabrás qué hacer cuando yo no esté.

Te quiero, tesoro.

Tesoro. Mi padre nunca me había llamado así. No pude dejar de pensar que sus palabras encerraban un significado oculto.

Tendría que releer mil veces esa carta hasta encontrar la verdad que él me pedía.

Cuando salimos del despacho del albacea de la familia, mi madre puso una mano sobre mi hombro.

—Ahora todo lo de tu padre es tuyo, cariño —acaricié la mano de la persona que me había dado la vida. Era consciente de que algún día heredaría todo, pero nunca pensé que sería así, de una forma tan violenta—. Tu padre soñaba con el día en que cogieras las riendas del negocio, le habría encantado ver esto.

Mi madre sentía por mi padre auténtica devoción. Era abrumador reconocer cuánto lo echaba de menos. Para mí, su amor siempre había sido un ejemplo a seguir. Era lo que yo hubiera esperado construir con Álex, cuyo recuerdo seguía aun demasiado vivo.

—Estoy segura de que le hubiera encantado verlo a tu lado —contesté, y me deshice de las ideas que rondaban en mi cabeza.

Los Spígola se habían marchado, no sin antes dejar claro que eran enemigos acérrimos de los Léoni y que, la muerte de Santos y Ricardo, les había venido muy bien. No me extrañaría que lo hubieran orquestado incluso ellos, con la excusa de venir a Nueva York para el funeral, pero nada saqué en conclusión.

La vida volvió a su monótona rutina.

Las familias, a sus trabajos.

Mis amigas, a salir con sus novios.

Mis suegros, a insistir en la boda.

Y nosotros debíamos acostumbrarnos a vivirla sin mi padre.

Adiós, Roberto Marconi.

Capítulo 6. Reencuentros

ÁLEX

Estábamos de vuelta. Nunca pensé poder sentir Nueva York como un hogar, pero ahora prácticamente todas las personas que quería estaban aquí. Cuando puse los pies en el suelo del Aeropuerto Internacional John F. Kennedy, me invadió una sensación de calma mezclada con inquietud. Y mucha incertidumbre. Quizá, demasiada.

Me había despedido de Leo con un mensaje. No era seguro volver a vernos antes de dejar Roma porque los *paparazzis*⁵ estarían persiguiéndolos a él, a Livia, a mi tía Mérida y, por supuesto, al alcalde. Quedamos en hablar desde una línea segura cuando aterrizáramos en Estados Unidos, y eso hicimos.

Nos contó que la boda se había pospuesto para dentro de dos meses y que los hijos de los Léoni, Marcello, Xesco y Vitorio, pedían venganza. No dudaba que creyeran que habíamos sido nosotros, los conocíamos bien. Por eso debíamos estar alerta y mantener un perfil bajo, por el momento.

El alcalde, Alfredo Collati, ya había hecho un comunicado oficial diciendo que iba a poner a trabajar a todos los cuerpos de la policía en la búsqueda de sus asesinos aunque, por supuesto, no iban a dar con ellos. Nuestros hombres se habían encargado de plantar pistas falsas y Leo desviaría la atención hacia otros clanes, tal y como acordamos.

Pasé por casa para dejar la maleta y cambiarme. La alegría de mis padres por vernos de nuevo juntos y a salvo fue demasiado intensa para mí. Abrazaron a Julia, que para ellos era una hija más y le preguntaron por sus padres. Ella había tenido que dejarlos en Roma. Su sitio estaba con Bass.

Un gesto de nostalgia se paseó por el rostro de mi cuñada. Sus padres tenían toda su vida hecha en Italia y ni podían, ni querían, moverse de allí, así que no había quedado otro remedio. Si todo salía como teníamos pensado, pronto podrían reunirse de nuevo.

Además, con nosotros no le iba a faltar absolutamente nada. Mi padre, tan normalmente serio y exigente con todo el mundo, sentía predilección por ella. Julia estaba en el último año de la carrera de Derecho y pensaba seguir sus pasos.

Mi madre nos puso al día del negocio. Lo llevó con una soltura y una elegancia que me hicieron sentir orgulloso. Para no haber querido ser parte de nuestros asuntos nunca, les había prestado mucha atención y eso me reconfortó. Con ella, estaban en buenas manos. Fiona Stanti tenía un talento natural para mandar y, tanto mis hermanos como yo, podíamos afirmar que intimidaba a cualquiera, pese a la ternura que derrochaba su voz.

A mi padre estaban a punto de asignarle la plaza de un Juez que se iba a jubilar en Albany, la capital del Estado, y muy pronto podríamos campar a nuestras anchas. Pero, mientras, teníamos que seguir pasando desapercibidos.

De repente, pensé que no lo estábamos consiguiendo. Acabábamos de matar a dos de los

capos más importantes de Roma en la boda del Alcalde.

Desterré aquéllos pensamientos y, en cuánto pudimos, Romano y yo nos fuimos a la mansión. Él quería ver a Cósomo y yo necesitaba ver a Blake. Sabía que mi hermano y el Marconi habían estado en constante contacto, incluso pasaron juntos la última noche de mi hermano en Nueva York. Pero Blake y yo no nos habíamos hecho ni una llamada, ni siquiera un mensaje, en la semana que llevábamos separados.

Había tanto que decir, que ninguna frase hubiera sido suficiente. Además, cada uno tenía que lidiar con las circunstancias que la vida nos había puesto por delante. Solo esperaba que esas mismas circunstancias no fueran las que nos distanciaran... pero me equivoqué estrepitosamente.

Llegamos a la verja de su casa en mi Suzuki RM, esta vez no me iba a colar por el jardín. Me quedé apoyado en la moto y fue Romano el que llamó. Estaba tan nervioso como yo.

—Identifíquense —dijo una voz de seguridad. Toda la que les faltó el día que pusieron la bomba en el coche de Roberto Marconi. Esperaba que Blake los hubiera despedido a todos y hubiera contratado personal nuevo.

—Somos Romano y Alessandro Cabante.

La verja se abrió tras unos segundos. Entramos y nos dirigimos hasta la puerta. Nos apeamos y esperábamos a que alguien saliera cuando mi hermano me dio un codazo.

En una esquina de la casa, Cósomo se encontraba hablando con un hombre que no conocíamos. No tendría más de treinta años. Parecían discutir. Ninguno de los dos advirtió nuestra presencia hasta que la puerta de la casa se abrió y por ella salieron Giordano y Blake, lo que captó la atención del otro primo. El tipo desapareció ante la vista de todos. Sería parte del nuevo personal.

—¡Chicos! —gritó Cósomo, corriendo hacia nosotros.

Me saludó a mí primero, antes de concentrarse en mi hermano. Le di un abrazo al primo que mejor que caía, aunque mi vista estaba puesta en ella.

Era tan preciosa como la recordaba. Quizá estaba un poco más pálida y un poco más ojerosa, pero no la hubiera cambiado por otra en ningún momento. Estaba vestida con un vaquero que se ceñía a su estupenda silueta, una blusa negra holgada y una chaqueta de cuero también negra. El pelo, largo y liso, caía por uno de sus hombros como una manta.

Pero noté algo diferente en su mirada. Ahora era triste y fría como el hielo. Estaba convencido de que esa mirada podría congelar el mismísimo infierno.

Me retiré de mi hermano y su novio, que se habían besado y se estaban haciendo arrumacos.

Hice ademán de acercarme a Blake, pero no me lo permitió.

Estaba distante. Muy lejos de mí, y podría asegurar que también muy lejos de sus primos. Si no la conociera como creía conocerla, podría haber jurado que se había despojado de su alma. Desde luego, esa no era mi Blake.

Las palabras que realmente quería decir flotaban entre nosotros pero, en vista de su actitud, no me atreví a pronunciarlas. En cambio, opté por darle el pésame que no le di el último día que la vi. Cuando todo ocurrió.

—Siento mucho tu pérdida.

Ella asintió casi imperceptiblemente.

—Gracias —espetó de forma gélida.

Quería decirle que la había echado de menos, que estaba aquí para lo que ella necesitara, que su herida era la mía y que yo la curaría pero, en lugar de eso, callé e intenté demostrárselo con hechos.

Fui a cogerle la mano, pero se retiró. Me quedé petrificado. Era la segunda vez que me

rechazaba en pocos minutos y no entendía el por qué.

Giordano me tendió la suya en un gesto amable que le correspondí.

—¿Cómo ha ido todo por Roma? —me preguntó.

—Mejor de lo que cabía esperar —contesté. No podía darle detalles, así que le trasladé la misma pregunta—. ¿Cómo ha ido todo por aquí?

—Todo lo bien que podía ir en estas circunstancias —me contestó el primo. Blake no abría la boca, aunque percibía su mirada fija en mí.

Volví mi vista hacia ella unos segundos hasta que la apartó. Nunca me habían angustiado tanto los sentimientos, sobre todo los que me eran tan desconocidos, pero en ese momento quise romper con todo. Quise gritar, pegarle a una pared, zarandearla para que despertara. ¿Qué pensamientos estarían rondando en su cabeza?

BLAKE

El tipo del FBI, el que vigilaba a Palmiro Inchenza, se había presentado en nuestra casa. No imaginábamos con qué desfachatez se atrevía a hacerlo, sabiendo que mi padre había fallecido. Le dije a Cósomo que lo despachara. Lo que menos esperaba cuando mi hombre de seguridad me llamó, era que Romano y Álex también hubieran venido.

Aun no me podía creer que estuviera ahí, mirándome. Me detuve a observarlo. A contemplar su dulce boca, sus azules ojos posados en mí. Atentos a cada uno de mis movimientos.

Era él. Había vuelto.

Qué pena que lo encontró no fuera lo que esperaba.

Yo ya no era la Blake de antes. Para mí, la vida era como una laguna en la que flotaba a la deriva despiadada de quien no tiene alma. Estaba tan sumida en mis pensamientos, tan concentrada en mi trabajo, en la venganza, que no había sitio para nada más.

Sin embargo, tenerlo allí, escaneándome, fue una sensación muy extraña. Hizo que volvieran todos los sentimientos que había enterrado junto a mi padre el día que ambos se fueron.

Sabía que Cósomo había estado en contacto con Romano, pero le prohibí que lo mencionara en mi presencia. No quería saber nada de él. No quería que llegara este momento.

Álex me tentaba, dulce pero peligrosamente. Me buscaba con la mirada pero yo lo rehuía. No me creía capaz de enfrentarme a él en ese instante, ni a los sentimientos que despertaba en mí, pero tampoco podía moverme. Las piernas me temblaban y no podía articular palabra, solo pensar. Ese era el efecto que tenía en mí y me asustaba más que ninguna otra cosa en ese momento.

Y eso que yo no era una persona miedosa. El miedo siempre había convivido conmigo, era parte de mí. Pero no así. No de esta forma tan insolente.

Quiso tocarme, pero me aparté. Sabía que aquéllo le molestaría, pero no podía ser de otra manera. Si me dejaba llevar por el amor, por la pasión que generaba en mí, tenía claro que acabaría destruyéndome. Cualquier beso, cualquier caricia que me diera, llegaría a su fin y luego... luego, solo quedaría el vacío.

Las voces por encima de mis pensamientos me despertaron y las seguí. Cósomo estaba gritando, feliz por el reencuentro.

—¡Blake! —exclamó, sonriendo—. ¿No es genial? ¡han vuelto!

Me volví hacia él, envuelta en una seguridad propia de mí, pero que en ese momento no sentía.

No podía dudar. Me crucé de brazos a la defensiva. Era ahora.

El momento decisivo entre quedarse anclada a un imposible o sacrificar lo que estábamos iniciando para que, al menos, uno de los dos fuera feliz, aun sabiendo que con ello me condenaba para siempre.

—Me importa bien poco —solté, con una calma que me dio escalofríos. No reconocía mi propia voz.

Noté en mi cuerpo el momento exacto en que su corazón se rompió porque también lo hizo el mío. Y la verdad es que podía haber contestado de mil formas diferentes, pero ya estaba dicho.

—¿Pero qué dices, prima? —preguntó Cósomo.

Giordano lo entendía y a ese pequeño bribón no debería haberle extrañado mi respuesta. Ya les dije a mis primos que no quería saber nada de Álex ni de su familia. Que ahora era una mujer con una misión que estaba por encima de todo. Incluso de mí misma. Sin embargo, Cósomo, que resultó ser un romántico, dijo que, en cuanto lo viera, cambiaría de opinión.

Poco me había faltado para no darle la razón.

—Lo que has escuchado —cogí aire y me obligué a mirar a Álex—. Me alegro de que estéis bien —dije, soberbia—. Ya puedes marcharte.

Se le endureció la mirada sopesando el alcance de mis palabras. Realmente, no sabía hasta qué punto le molestaría mi comentario pero, si él sentía por mí la mitad de lo que sentía yo por él, seguramente le había dolido. Imaginé que no lo entendería y debería habérselo explicado pero entonces flaquearía y no me lo podía permitir.

Lo vi alejarse sin mediar palabra.

Se montó en su moto y se marchó. Su hermano fue corriendo tras él, pero no consiguió alcanzarlo.

Esperaba que se recuperara pronto.

Esperaba que se olvidara de mí, como yo debía hacerlo de él.

No sabía si nuestros caminos volverían a cruzarse algún día, ni cuánto tardarían en hacerlo. Pero, supuse que, después de las palabras pronunciadas, eso era algo que ya ni siquiera dependía de mí.

—Compañera —me dijo Cósomo, acercándose. Previamente, le había indicado a Romano que lo esperara dentro. Seguro que tendrían muchas cosas que decirse—. ¿Qué has hecho?

—No sé de qué me hablas —le dije, esquivando.

—¿Dónde crees que tengo los ojos? ¿en el culo? Te gusta y tú le gustas a él, si es que no es algo más...

—No te hagas el sabiondo conmigo, Cósomo.

—Mira, sabes que John me cae genial, quiero a ese tío. Pero mi familia eres tú y sé que no serás feliz con él por mucho que lo intentes.

—Entonces, también sabes que no tengo otro remedio.

—A menos que consigas romper tu compromiso... lo sé. Pero, ¿qué consigues con alejar a Álex de ti, exactamente? —quiso saber.

—Darle una oportunidad —la misma que a mí me había sido negada.

—Si él tuviera la oportunidad de elegir, dudo que prefiriera a otra persona que no fueras tú.

Pensar en que otra mujer pudiera tocarle... me volvía loca. Pero era lo que yo solita me había buscado.

—Es muy difícil, Cósomo.

—Tú no eres de las que rechaza un reto.

—Esto es diferente.

—Ni de las que ponen excusas que no se creen ni ellas.

—¿Tienes respuestas para todo?

—Sabes que sí —se burló.

—Eres insoportable.

—Pero, igualmente, tengo razón —me dijo, dándome un beso en la sien antes de entrar a la casa.

Era verdad. Quería odiarlo para que me resultara más sencillo, pero lo que en realidad odiaba eran las ganas que tenía de besarlo.

Sin embargo, lo que más me encogió el estómago no fue que supiera cuánta razón tenía mi primo, sino que Giordano había estado a nuestro lado durante toda la conversación y, aun después de terminada, ahí seguía, totalmente perdido en sus propios pensamientos.

—Primo —puse mi mano en su mejilla, acariciándole—. ¿Qué ocurre?

Él volcó su cara en mi mano, en un gesto que no me pasó desapercibido. Nunca lo había visto tan vulnerable como en ese momento.

—A veces pienso que sentir como sentimos es una estafa al amor.

Sus palabras encerraron tanta fuerza que tardé unos minutos en asimilarlas.

Entendía que pudiera haberlo dicho por mí, porque la vida me ponía por delante una persona a la que amar en el momento en que averiguaba que nunca podría estar con ella.

Al mismo tiempo, la muerte me había arrebatado a una de las personas que más quería.

Pero, ¿por qué lo decía él? ¿qué se estaba gestando en su cabeza y en su corazón para que dijera aquello?

—Gio...

—Déjalo, Blake —me cortó, sabiendo lo que iba a preguntarle—. Ni siquiera yo puedo encontrarle el sentido ahora mismo.

Se marchó hacia su habitación con aire ausente. Cuando bajó a cenar, volvía a ser mi Giordano de siempre.

Capítulo 7. El desafío

BLAKE

Desde el día en que mi padre murió ante mis ojos, no pude volver a conciliar el sueño. Estaba volcada en el trabajo, en los negocios y en la familia. No pensaba defraudarle.

El sábado bajé a desayunar, móvil en mano. Gianni estaba negociando con los Gulio el traslado de un cargamento que atracaría en el Puerto de Manhattan esa misma tarde. Le pedí que se llevara a Stephano para que fuera aprendiendo. Tenía a Carlo recogiendo los pagos, a Beto encargándose de nuestra cadena de hoteles y a Reinard ayudando a Giordano a descifrar la carta que me dejó mi padre. También hice que Chiara, la mujer de Reinard, se pasara por la Fundación para ver si estaba en orden.

Lo tenía todo controlado y me sentía bien.

Con aquello me bastaba.

Mientras Rory me servía el café, observé mi casa, hasta donde me alcanzaba la vista. La mansión me parecía vacía sin mi padre pero, aun así, todavía podía sentir el calor de mi hogar.

Había a quien podía parecerle frívola, pero yo la encontraba acogedora. Cientos de metros cuadrados que conocía como la palma de mi mano. Las estancias en las que había crecido y jugado, los abrazos de mis abuelos alrededor de la chimenea y rodeados de toda la familia, los primeros consejos de mi padre y mi tío en la sala de reuniones, las charlas con mi madre y mi tía en el salón... recuerdos en cada rincón... Sí, sin duda, con eso me bastaría.

—Primita —me saludó Giordano, entrando al salón delante de Cósomo.

—Buenos días —le devolví el saludo pero, cuando fue a darme un beso en la cabeza, como cada mañana, aprovechó para quitarme el móvil de la mano—. ¿Qué mierda haces?

—Prima, no puedes seguir exigiéndote tanto. No es sano.

En el fondo, lo sabía, pero el trabajo era lo único que llenaba mi vida desde lo ocurrido.

—Devuélvemelo ahora mismo —le pedí.

—De eso nada, hasta que nos prometas que te lo vas a tomar con más calma —dijo Cósomo.

Fueron pasándose el teléfono de uno a otro, como si de un juguete se tratara. Eran insufribles.

—¡Devolvedme el móvil de una puta vez! —espeté, harta de ellos. Como vi que no lo hacían, rectifiqué, conteniendo mi arrebato—. Estoy bien, ¿vale? Dejad de preocuparos.

—Estamos contigo, lo sabes, ¿verdad? —preguntó Cósomo.

—Siempre —dijo Giordano, solemne—. puedes delegar en nosotros, estamos aquí para eso.

Levanté una mano para quitarle importancia al momento.

—Ya hacéis más de lo que os corresponde.

Yo no tenía hermanos, pero tenía a mis primos, y era como si lo fueran. Podía asegurar que no se querían más entre ellos de lo que me querían a mí y que el sentimiento era mutuo.

Los tres formábamos un tándem inseparable. Nos habíamos defendido, regañado, aconsejado, consolado, peleado y perdonado tantas veces... durante toda nuestra vida. Por eso no me extrañó cuando se acercaron, rodearon la mesa, y se sentaron uno a cada lado.

—Esta noche salimos.

—No tengo tiempo para eso, Cos. Tengo mucho trabajo.

Mi móvil comenzó a sonar y yo debía cogerlo.

—Si dices que sí, te lo devuelvo —dijo Giordano, viendo la oportunidad de que cediera.

—Si no me lo das ahora mismo, ¡te mataré con mis propias manos!

Bien podía decirlo de verdad. Con esas cosas, uno nunca sabía cuándo se estaba bromeando.

—No serías capaz, me quieres demasiado —se burló mi primo.

—Dilo, Blake —me urgió Cósomo.

Malditos traidores.

—Vale, esta noche salimos. ¡Dame el puñetero móvil!

Giordano me lo tendió y lo cogí de inmediato. Era Gianni.

—El cargamento vendrá a las seis.

—Perfecto. Prepara la operación y avísame para coordinarla.

—Así lo haré.

Colgó. Solamente por mover esa mercancía nos íbamos a llevar un buen pico, aunque lo que transportábamos bien valía lo que íbamos a cobrar. Era droga.

—Cósomo, ¿sabes algo más del agente del FBI? —pregunté.

Ya les había contado a mis primos que ese hombre iba detrás de Palmiro Inchenza. Lo que aún no sabíamos era porqué, aunque seguramente la respuesta estaba en sus negocios ilegales.

Yo misma escuché cómo mi padre le decía a Palmiro que lo tenía vigilado. Pero, al parecer, mi padre no solo hacía eso, sino que informaba al agente del FBI sobre los movimientos de los Inchenza.

Eso fue lo que ese tipo le dijo a Cósomo el día que vino a la casa, y quería que mis primos y yo siguiéramos ayudándolo, pero no lo íbamos a hacer. Nosotros no lo creímos ni por un segundo. Mi padre jamás hubiera traicionado a un amigo.

—Me llamó por teléfono el otro día estando con Romano —explicó mi primo con fastidio—. Tuve que mentir y decirle que se habían equivocado de número.

—Romano no debe enterarse.

—Lo sé. Nadie debe. No te preocupes.

—Giordano, ¿cómo vais Reinard y tú con la carta?

—No tenemos nada, Blake. Hemos investigado todas las vías que se nos han ocurrido, pero todavía no sé por qué tío Roberto te llamó <<tesoro>>, ni a qué se refería con <<la verdad>>.

—Quizá haya que mirar más allá de las palabras... —dijo Cósomo, pensando—. Buscar lo que no está escrito.

A Cósomo y a mí siempre nos había gustado desentrañar rompecabezas. Era algo a lo que Giordano nunca prestaba atención. Nuestro juego. Me hubiera encantado ponerme yo misma a descifrar la carta pero, con todo lo que tenía encima, no había tenido tiempo.

—Échale un vistazo, a ver qué encuentras.

—Haré mi magia, primita —dijo, guiñándome un ojo.

A las seis en punto de la tarde recibí la llamada de Gianni.

—Todo listo, Blake.

Colgué, cogí el dispositivo de comunicación y me lo puse en la oreja. Todos mis hombres estaban escuchando. Esta era una operación coordinada. Debíamos mover la mercancía del puerto hasta un almacén propiedad de los Gulio sin que los verdaderos dueños de la droga se dieran cuenta.

La primera parte estaba hecha. Gianni se había encargado de que el cargamento atracara en

el puerto antes de la hora prevista.

—Reinard, hackea el sistema de seguridad y apaga las cámaras cuando te lo diga.

Yo estaba monitorizando el almacén donde debíamos plantar la mercancía a través de mi portátil.

—Carlo —dije—, danos vía libre.

—Os puedo dar cinco minutos con seguridad. Luego no os prometo nada.

Miré el monitor al que Carlo me había dado acceso, controlando el perímetro, y comprobé que no había nadie a la vista. La idea era entrar y salir sin que nadie se diera cuenta y sin que las cámaras grabaran el movimiento.

—Hazlo, Reinard —di la orden—. Ahora.

Todo se apagó.

—Listo —dijo Gianni a los tres minutos—. Espera. No des la luz todavía. ¡Stephano! —gritó.

—Gianno. Habla más bajo —le pedí. Podía haber gente en los almacenes contiguos. Que no nos vieran, no significaba que no pudieran escucharnos. Había que hacerlo con sigilo.

—¿Qué está pasando, Gianni? —preguntó Reinard, impaciente. Su hijo quizá estuviera en peligro.

Pasó otro minuto más. No sabíamos qué estaba ocurriendo.

—Hecho. Da la luz.

Cuando las cámaras se accionaron de nuevo, vi que el cargamento ya estaba escondido a plena vista en el almacén. Nadie en la calle.

—Os quiero a todos en mi casa en una hora.

Corté la comunicación y comencé a vestirme para la salida que había prometido a mis primos. Me puse un vestido negro ceñido y corto, mis tacones de aguja, me dejé el pelo suelto y me maquillé.

Los chicos estuvieron en la mansión antes de que la hora llegara a término. Rory les abrió la puerta y vi cómo Carlo y ella se miraban antes de poner su atención en mí.

Pasamos al despacho de mi padre para tener intimidad.

—¿Qué ha ocurrido?

Gianno se veía nervioso. No quería delatar a Stephano traicionando a Reinard pero, si había habido un error, yo debía saberlo. Debía impedir que ocurriera de nuevo.

—Stephano no ha obedecido la orden de salida.

Lo miré.

Llevaba con mis hombres cuatro años y nos entendíamos a la perfección. Estábamos muy entrenados para captar los movimientos de los otros. Pero, enseñar a alguien desde cero, nos iba a llevar tiempo. Stephano todavía era inocente. Tenía ese brillo de juventud que nos hace creernos invencibles. Bendita ignorancia.

Entendí a lo que mi padre se refería con la lealtad.

—¿Por qué lo has hecho, Stephano? —el chico estaba nervioso. Miraba a su padre y me miraba a mí, intermitentemente—. ¡No mires a tu padre! —dije, tajante— mírame a mí. Aquí las reglas las pongo yo.

—Blake, te prometo que no se va a volver a repetir —intercedió Reinard—. Pide perdón, Stephano.

—Lo... lo siento —dijo compungido.

Beto no había hablado, aunque todos sabíamos lo que estábamos pensando cada uno en ese momento.

—Quiero saber que has entendido lo que has hecho mal —me puse delante de Stephano, que era demasiado corpulento para su edad y me sacaba una cabeza—, y que, efectivamente, no se va a volver a repetir porque sino... ya sabes lo que tendría que hacer.

Dejé la frase inacabada. Que lo interpretara como quisiera.

La realidad era que no iba a hacerle nada y su padre lo sabía.

Vivíamos al margen de la ley, sí. Pero, entre nosotros, nos respetábamos. Solo quería meterle miedo para que no nos volviera a defraudar.

—Stephano, asiente si lo has entendido.

El chico asintió.

A buen entendedor, pocas palabras bastaban.

Cuando salimos del despacho y mis hombres se dispersaron, me encontré a mi tío Agostino en la puerta, sosteniendo una taza de café entre sus manos.

—No te he preparado uno porque ya duermes demasiado poco —me dijo, con toda la razón del mundo—. ¿Qué te traes entre manos, pequeña?

—Un negocio —contesté sin dar más detalles, pero sonriendo.

Mi tío también me regaló una sonrisa.

—Lo estás haciendo bien, Blake —su mirada se entristeció—. Se nota la ausencia en la persona, pero no tanto en el regente —comentó, pensando en mi padre.

No podía haberme hecho mejor halago que equipararme con él. Pero yo sabía que ambos lo añorábamos muchísimo en todos los sentidos.

—Tus hijos piensan que estoy obsesionada. Me han obligado a salir esta noche.

—Tienes que delegar más, en tus hombres y en ellos. Pronto yo me jubilaré y tendrán que estar preparados para llevar las riendas de lo que la familia ha construido.

—¿No echarás de menos ser el *avvocato* de la familia? —le pregunté.

—Te aseguro que no echaré de menos las intrigas, aunque siempre me tendréis para aconsejaros —Agostino era un hombre sencillo, pero muy inteligente. No ambicionaba ser el líder. Prefería la retaguardia. Siempre decía que más valía prevenir que curar—. Lo que me recuerda, que venía a hablarte de algo.

—Entremos —ofrecí.

Pasamos al despacho y nos sentamos en los sillones.

—Verás, ha llegado a mis oídos que el altercado de Roma no va a ser el último —se refería a lo ocurrido con los Léoni—. No sabemos quién lo ha hecho, pero los Spígola ya planean aprovecharlo para extender su jurisdicción de Sicilia a Roma.

Levanté las cejas.

—¿No tienen suficiente?

Mi tío dio un sorbo a su taza, hablando con calma.

—Nunca es suficiente para la gente ambiciosa y ese es su punto más débil.

—Pues les pillará un poco lejos —pensé en voz alta. Roma estaba a demasiado kilómetros de Sicilia como para controlar las dos ciudades.

—Tienen un clan aliado allí. Los Pinazzo.

—Entiendo. Y, ¿cómo nos afecta a nosotros?

—Quiero cortar lazos con ellos, pero no podemos aún. Otra de las condiciones que nos impusieron es seguir colaborando.

Hablaba del pacto que hicieron cuando a los Spígola les encargaron asesinar a la persona que a ellos tanto les importaba.

—¿Por qué debemos tantos favores cuando tenemos tanto poder? —le pregunté extrañada.

—Porque no lo hemos tenido siempre y de eso va el juego.

Por supuesto. De eso mismo se estaban aprovechando ahora los Ricco.

—Tío, ¿quién es esa persona que tenéis escondida y por qué? Creo que tengo derecho a saberlo, ¿no? —reclamé.

—Tienes todo el derecho del mundo, Blake. Sobre todo cuando se te pide tanto a cambio. Pero debes averiguarlo tú misma.

—Pero, ¿cómo?

—Busca la verdad.

<<En la verdad hallarás la libertad>>. Recordé la carta de mi padre.

—Tú sabías lo que mi padre escribió en su carta —afirmé.

Sonrió, bajando la mirada de nuevo a su taza para darle otro sorbo.

—Lo único que sé es que no sé nada, realmente.

—No me cites a Sócrates, por favor.

Mi tío sabía mucho más de lo que decía, estaba claro. Pero no me lo iba a revelar.

—Sigue haciendo exactamente lo mismo que hasta ahora y lo descubrirás —dijo, enigmático.

—¿Quién crees que puso la bomba? —pregunté. No habíamos hablado de ello desde que le conté que mi padre pensaba que lo había hecho alguien conocido.

—A estas alturas, puede haber sido cualquiera...

—Pero, ¿por qué?

—Tenemos más enemigos de los que pensamos —explicó—. La simple envidia sería un potente motivo.

—¡Blake, nos vamos! —gritó Cósomo desde la entrada.

No sabía cómo mi tío podía estar tan tranquilo hablando de un tema tan espinoso y que nos tocaba tan de cerca.

—Tengo que irme.

Me levanté, pero él me cogió de la muñeca antes de salir.

—Ten cuidado —me pidió, mirándome a los ojos.

Por supuesto. Físicamente, lo tendría.

Pero mi corazón ya estaba roto en mil pedazos.

Capítulo 8. Lumière

ÁLEX

Desde que salí de casa de Blake, vivía en un desconsuelo constante. Mi familia ya no sabía qué hacer conmigo ni cómo tratarme. Pero yo necesitaba tiempo. Necesitaba calmar los nervios, templarlos. Me hizo sentir tan insignificante... joder. Me hirió en lo más profundo y ahora tenía que aprender a sanar esa herida sin medicinas. Sin ella.

Cósono le contó a Romano que Blake se había obsesionado con el negocio y con vengar la muerte de su padre. Lo supe en cuanto vi sus ojos, pero ¿por qué me apartaba? Bien podría ayudarla en esa misión si ella me lo pidiera.

Mis hermanos decidieron ir a la discoteca de Tribeca para celebrar nuestra nueva libertad. Era cierto que todavía teníamos que ocuparnos del resto de los Léoni pero, para ello, tendríamos que volver a Roma y no era el momento. Nuestro primo nos había dicho que las cosas estaban más tensas que nunca y eso nos preocupaba a todos. Ellos también estaban en peligro.

Entramos en la discoteca, que estaba llena de gente, y nos fuimos al reservado. Pedimos una botella de Whisky y Bass comenzó a brindar por gilipollices mientras Julia le reía las gracias.

Eran felices y, verlos así, me dio algo de consuelo. Al menos, hasta que Romano se levantó y fue a saludar a Cósono, que entraba en ese momento por la puerta, seguido de Blake.

Estaba imponente y el estómago me dio un vuelco. No esperaba volver a verla tan pronto, aunque no deseaba otra cosa.

La puta verdad era que la locura me estaba consumiendo y que no poder tenerla junto a mí me estaba desquiciando hasta lo imposible.

Venían hacia los reservados. No me había fijado, pero muy cerca de nosotros los esperaban sus amigos y, entre ellos, el pijo rubito. Sentí asco. Si se atrevía a tocarla delante de mí... sería mi perdición.

Ella saludó a todos los que había allí y que yo solo conocía de la última vez que estuvimos juntos en la discoteca. Giordano se desmarcó con una chica rubia, pero el resto se quedó allí, hablando y bebiendo como si no pasara nada. Desde luego, ninguno sabía que mi sangre bullía por verla, ni que su presencia me estaba calentando más que un hierro ardiendo.

Romano volvió sonriendo. Su relación con el menor de los Marcomi iba viento en popa y, aunque sentí una punzada de celos, también me alegré por él. Mis hermanos se merecían todo lo bueno que les pudiera dar la vida.

BLAKE

El Lumière estaba hasta los topes. La gente bebía, bailaba, coqueteaban unos con otros, sin

que nada más importara. La lujuria y el desenfreno campaban a sus anchas... era puro desfase y dinero para nuestros bolsillos. Pensé en mi padre y en cuánto hubiera disfrutado él del éxito de nuestros negocios y deseé que, allí donde habitara ahora, estuviera sonriendo.

Romano se acercó a Cósomo en cuanto entramos y supe que Álex no andaría muy lejos de su hermano menor, aunque no lo divisé. Llegamos al reservado y saludé a mis amigos.

Estaba Fiorella con Carrick. Zia con sus hermanas, Martia y Vera. Matteo con sus hermanos, Elio y Fredo, y John, que me dio un beso en la mejilla al llegar. Agradecí que no hiciera más y él supo entenderme. Di un saludo general y me senté al lado de Fiorella para contarle cómo había ido el traslado del cargamento.

—La operación está completada —le dije a mi amiga y ella sonrió, enviando un mensaje de texto a Sylvana.

Fiorella ayudaba a su madre en todo lo relacionado con esos asuntos. Eran un equipo, ya que su padre, Noah, no quería saber nada del tema.

—No sé cómo podéis estar tan tranquilas corriendo tanto riesgo —dijo Carrick.

Ese chico se ganó mi respeto en cuanto lo conocí. Era la horma del zapato de mi amiga.

—Y, ¿cuándo ha sido diferente, amor? —repuso ella, dándole un beso—. Lo raro sería lo contrario.

Mi primo Giordano se fue con Martia, como casi siempre que salíamos de fiesta. Esperaba que se hicieran pareja de una vez o que cortaran para siempre. Pero que se dejaran de tonterías.

Estaba segura de que no volvería a verlo esa noche.

—¿Cómo estás? —me preguntó Zia, con su hermana Vera al lado.

—Estoy bien —sonreí.

No era verdad, pero no se lo contaría a nadie. Ni siquiera a mis primos. No estaría realmente bien hasta que descubriera quién mató a mi padre y eso solo sería una satisfacción a medias, ya que nada me lo devolvería.

—Te conozco, por eso me voy a callar —dijo mi amiga y se lo agradecí en el alma.

—¿Cómo está Petra? —pregunté.

Vera miró a su alrededor y no me pasó desapercibido el nerviosismo que desprendió. ¿A quién estaría buscando con la mirada?

—Está rabiosa —dijo Zia—. Quiere saber quién los mató.

—Quién dio la orden y quién la ejecutó —aclaró Vera, estrujándose la parte baja del vestido en un gesto inquieto, y su voz casi me resultó hiriente. ¿Qué estaba pasando?

—¿Tenéis alguna sospecha?

—Mi abuela dice que sí, pero nadie nos quiere contar nada —contestó Zia—. A papá no le gusta que nos metamos en cosas que impliquen a los Léoni.

—Es normal —dijo Matteo, uniéndose a la conversación—. La familia de vuestra abuela es muy peligrosa.

—No más que las nuestras —comentó mi amiga, dándole un beso a su novio—. Nuestros primos vendrán a ver a mi abuela en unos días.

Me extrañó que los Léoni vinieran hasta Nueva York. Conocía a Zia desde pequeñas y la familia de su abuela nunca había aparecido por aquí.

—¡Vamos a bailar! —exclamó Vera tirando del brazo de mi amiga, y supe que quería terminar la conversación.

Mi instinto me dijo que allí había algo que no cuadraba y que no tardaría en averiguarlo.

Cuando las hermanas salieron de mi campo de visión, fue cuando lo vi a él y todo mi cuerpo dio un vuelco de inseguridad. Estaba guapísimo e inquietante. Sus ojos azules clavados en mí.

No lo soporté. Tenía que respirar aire puro.

ÁLEX

Cuando, por fin, la mirada de Blake se cruzó con la mía, le dijo algo a Cósomo en el oído y salió de la discoteca.

Fui tras ella, por supuesto, como un puto kamikaze.

La alcancé mientras abría la puerta de un coche que reconocí como el de sus primos. Era un Honda SUV negro.

Ella percibió mi presencia y se volvió.

Nos retamos con la mirada.

—¿Dónde vas? —me atreví a preguntarle. Aunque, joder. No sabía cómo podía estar arrastrándome por ella después de lo que me dijo.

—Iba a coger un cigarro —dijo cerrando la puerta del coche y encendiéndolo—. ¿Qué quieres, Álex?

Me apoyé en el capó y metí las manos en los bolsillos de mi pantalón para que no las viera temblar.

—Muy buena pregunta... —intenté hacerme con el control de la situación—. ¿Qué te parece si me explicas lo que ocurrió el otro día?

—No sé a qué te refieres —dijo una calada, desviando la mirada. No me lo iba a poner fácil.

—Lo sabes perfectamente —insistí. Suerte que me gustaban los retos.

Me miró y se encogió de hombros.

—Te dije que no me importabas —espetó, mintiéndome a la cara—. ¿Qué más necesitas saber?

Un puñetazo en el estómago no me hubiera resultado más doloroso que esa afirmación.

Me incorporé, quitándole el cigarro. Lo tiré al suelo y me encaré con ella.

—¿Crees que puedes desaparecer de mi vida sin más? ¿sin una explicación? —la desafíé y ella enarcó las cejas.

—¿La misma que tú me diste cuando te fuiste a Roma?

Era verdad que yo la dejé en el peor momento posible. Su padre acababa de morir y, simplemente, me fui. Ella me dijo que me fuera.

—Me despedí de ti.

—¡Claro! —me gritó—. ¡cuándo a mi padre le habían puesto una maldita bomba en coche!

Decidí calmarme y pensar la respuesta.

—Hay situaciones que son más grandes que nosotros, Blake —dije finalmente, dándole a ella unos segundos para que también pensara lo que iba a decir a continuación. No sabía por qué, cada conversación con ella me parecía decisiva.

—¿Qué ocurrió en Roma, Álex? Nunca me has contado por qué vinisteis a Nueva York.

Claro que no. Porque yo no hablaba de esa época de mi vida. La tenía enquistada y formaba ya tan parte de mí como mi piel, mi corazón y mis entrañas.

Y mucho menos podía hablar de lo que teníamos en marcha.

Suspiré.

—Solo puedo decirte que tenía que ir a por mi cuñada. No estaba segura allí.

Si le importó, no lo dijo. Ni siquiera mudó su fría expresión. En cambio, se acercó deliberadamente a mí y se quedó a pocos centímetros de mi cara.

—Olvidate de mí —dijo entre dientes.

—Me pides un imposible —contesté, acercándome más. ¿Cómo iba a hacerlo? ¿cómo podía cambiar lo que había en mi interior de un día para otro?—. ¿Tú lo has hecho? —pregunté con una súplica silenciosa. Rogaba porque dijera que no—. ¿Me has olvidado?

Compuso una sonrisa ladina que se desvaneció en un instante.

—Olvidar es muy sencillo, Álex. Solo tienes que concentrarte mucho en algo y te olvidas de todo lo demás —sabía que se refería a su padre. Se había concentrado en la venganza. Y la entendía muy bien, pero eso no hizo que doliera menos—. ¿Te has encaprichado? —me retó—. ¿De eso se trata? ¿quieres lo que no puedes tener?

Era altiva, terca e impaciente, pero no la cambiaría por nada del mundo. Yo no era diferente. Incluso habiéndome dicho que no, ahí seguía, reclamándole un amor que ya no estaba seguro que sintiera.

—Te dije que no iba a rendirme —contesté. Estábamos tan cerca que casi podía rozar sus labios.

—Me voy a casar, ya lo sabes —pronunció hiriente contra mi boca.

No lo había borrado de mi memoria... antes de irme ya sabía que teníamos fecha de caducidad... pero esperaba que la muerte de su padre lo hubiera cambiado. Joder.

—¿Tú boda sigue en pie? —me sentí como un imbécil.

—Por supuesto —siseó.

—Pero tú no lo quieres —afirmé.

Blake me miró, desde los ojos hasta la boca. En ese momento, no pude decir si me odiaba o me deseaba.

—Como tú dices, hay cosas más grandes que nosotros —contestó por fin, retirándose más de lo que me hubiera gustado.

Acorté la distancia que me separaba de ella y la pegué a mi pecho. No iba a permitir que se alejara. Quería tenerla a mi alcance mientras pudiera.

—Cuéntamelas.

—Me pides demasiadas explicaciones —movió la cabeza, incapaz de aguantarme la mirada.

—Porque me hiciste creer que sentías lo mismo que yo... —me delaté—. Me las debes.

Le cambió el semblante.

—Yo no te debo una mierda —espetó furiosa—. No me gustas, no quiero nada contigo y no puedo ser más clara de lo que lo estoy siendo en este instante.

Entonces, ¿qué había sido yo para ella? ¿un juego? ¿Solo una persona con la que entretenerse antes de unir su vida con la de otro hombre?

—¿Eso es lo que te dices a ti misma para negar la evidencia? —me burlé sin soltarla, haciendo gala de mi carácter.

—Eres un engreído.

—Pero te gusto y ni tú lo puedes evitar, por mucho que lo niegues, ¿verdad?

Me miró y frunció los ojos.

—No deberías hacer preguntas si no estás preparado para aceptar las respuestas.

—Muy bien —dije convencido. No quería que mis siguientes palabras sonaran a despedida, pero lo hicieron—. Si no vamos a tener nada, al menos déjame que me quede con un buen recuerdo.

Ya no quería más respuestas vagas, ni más excusas. Solo quería un último beso que probara

que no me había equivocado con ella. Eso sería mejor que nada.

Puse las manos en su cara, para que no tuviera escapatoria y la besé. Primero alimentando la llama, encendiendo la hoguera de mi interior, y luego, consumiendo todo el fuego a su paso.

Ella dejó los brazos caídos. No me devolvió el beso como sabía que podía hacerlo. Como ya me demostró la primera vez que la besé.

—¡Devuélvemelo! —casi ordené, acariciándole el brazo. Mis palabras resonaron duras en contraste con el suave gesto—. Sabes que lo deseas tanto como yo.

Respirábamos agitadamente.

Ella no se retiró, pese a mi contacto. Finalmente, suspiró.

—Estamos en mitad de la calle. Todo el mundo sabe que estoy con John y no sé quién nos puede ver.

Por suerte, eso me confirmó que no quería al rubio. Solo guardaba las apariencias. Todavía tenía una oportunidad.

—Efectivamente, hay una cola de tíos mirando la suerte que tengo —señalé a la puerta.

Ella miró en la dirección que yo le indicaba. Escudriñó la situación en un segundo y exclamó.

—¡A la mierda! —y me devolvió el beso con ganas, con fuerza, con ímpetu.

Me vi sorprendido por sus movimientos rápidos y frenéticos. Puso sus manos en mis costados y me pegó a su cuerpo sin dejar de besarme. La cogí de las caderas y la alcé, apoyándola en el capó. Me recreé con su beso. Me lamía el labio con deleite. Acarició mi lengua y la mordió, mezclando su respiración con la mía.

Todo volvió a encajar en su lugar hasta que se retiró, empujándome un poco, pero sin terminar de apartarse.

Tenía cogida la parte baja de mi camisa. Unos centímetros más, y estaría rozando mi piel.

—Recibí tu nota —se refería a la que le había enviado desde el avión. No dije mucho, solo una frase, pero era suficiente—. ¿Cómo me la hiciste llegar tan pronto?

—Tengo mis métodos —dije. La verdad era que pagué a la azafata para que se la dejara en el buzón, cuando el avión regresara a Nueva York.

—¿Realmente pensabas lo que escribiste? —preguntó tímida. Pasaban tantas emociones por su cara que no supe descifrarlas todas.

—¿Crees que estaría aquí si no lo pensara? —contesté seguro de que ella sabía la respuesta.

—¿Sabes qué? —se levantó de encima del coche y me lanzó una mirada enigmática—. Sí que eres un capullo con suerte.

Me reí.

—¿Por eso me has besado?

Cerró los ojos y, cuando los volvió abrir, su mirada era hielo de nuevo.

—Lo he hecho para que tengas un bonito recuerdo de mí.

Sonrió antes de irse. Pero su sonrisa no tenía el brillo que yo sabía que podía tener. El de antes.

Un recuerdo... no me gustaba cómo sonaba eso.

No me gustaba en absoluto.

Joder. ¿Cómo debía interpretar lo ocurrido?

Volví a la discoteca. Romano se había unido a Cósomo y solo estaban Julia y Bass, acaramelados en uno de los sillones.

Me bebí mi copa caliente de un solo sorbo. El hielo ya se había derretido.

Mi cuñada apoyó una mano en mi hombro, y yo lo hice encima de la suya mientras Bass me servía una nueva copa de Whisky solo.

—Con que... esa es la chica que te tiene así —no era una pregunta. Ellos me habían visto salir tras Blake.

—Así, ¿cómo? —contesté entornando los ojos.

—Como si no existiera nada más.

No podía negarlo.

Me conocían demasiado bien.

Pero lo negué.

—A mí no me controla nadie, cuñada.

—Muy bien... —dijo un sorbo a su copa con gesto arrogante—. Veamos, ¿con cuántas chicas has estado desde que os vinisteis a Nueva York?

No había estado con nadie, así que preferí callar.

—Con ninguna —dijo Bass por mí.

Menudo cabronazo. Él sí que estaba dominado por su novia.

Ya ajustaríamos cuentas.

—Y, cuando estuviste en Roma, no llamaste a Gemma —afirmó—. Así que llevas unos... tres meses sin estar con nadie.

—¿Y qué? —no lo negué—. Eso no quiere decir nada.

—Conociéndote como te conozco, a mí sí que me indica algo.

Ya lo sabía. Ella leía mi mente igual que yo la suya.

No había estado con nadie en este tiempo porque para mí el amor nunca había sido una cuestión importante. Teníamos cosas mucho más urgentes de las que encargarnos. No sabía porque ahora el amor tenía tanto poder sobre mí.

—¡Joder! —exclamé. Me estaba exasperando—. Si fuera posible, pediría no desearla.

Apoyé la cabeza en las manos. Los codos en las rodillas.

—Cariño —dijo Julia acariciando mi nuca—. No solo la deseas... la quieres.

—Y no te engañes, hermano. Si fuera posible, la amarías aún más.

Sabía que tenían razón... pero ella me apartaba y, contra eso, no había nada que yo pudiera hacer. Mientras ella se casaba con otro hombre, yo la necesitaba a ella. Era un jodido círculo vicioso.

No. Para mí el amor nunca había sido algo importante pero, sabiendo lo que sabía ahora, ansiaba haberla encontrado antes.

No volví a verla en lo que quedaba de noche.

Intenté reír con Bass y Julia, y bebí mucho más de lo debido. Aun así, tras seis o siete copas, salí de la discoteca con mi corazón en el puño, esperando que el destino, la casualidad o la vida, algún día, cuando ella quisiera, la trajeran de vuelta.

Capítulo 9. La clave

BLAKE

El domingo por la mañana entré al salón cabizbaja. Apenas había dormido y, cuando conseguí hacerlo, tuve una pesadilla.

Estaba en mi habitación y había un montón de cucarachas debajo de las sábanas y por las paredes. Mi padre me gritaba, ¡sal de ahí! Pero yo no podía moverme.

Fue un sueño asfixiante.

Encontré a mi abuela sentada en la butaca, tejiendo algo que todavía no tenía forma. Siempre decía que le relajaba mucho. Ni siquiera tenía que mirar las agujas para hacerlo, sus ojos estaban perdidos en el exterior de la ventana.

—Abuela —me acerqué a ella y la besé en la frente—. ¿Cómo estás?

—Sigo respirando, pero la vida tiene un poquito menos de sentido —afirmó rotunda.

La entendí perfectamente.

—El sentido que yo le he dado es la venganza —exterioricé, aunque ella ya lo había imaginado, viendo mi comportamiento de estas semanas.

—No es un mal sentimiento cuando la causa es justa —sonrió enseñando los dientes—. Si tuviera veinte años menos, estaría luchándola a tu lado.

Mi abuela tenía setenta y cinco años. Había visto casi de todo, pero la pérdida de un hijo era algo que no tenía que haber experimentado. Como decía mi padre en su carta, esa no era la Ley de la vida.

—¿Por qué nunca te involucraste más? —pregunté, agachándome a su lado.

—Eran otros tiempos —miró al vacío, recordando—. Ni siquiera los tiempos de tu madre o de tu tía son los mismos que los de ahora. Pero te aseguro que estuve en la sombra, apoyando y contradiciendo a tu abuelo en cada paso que daba.

Sonreí, no me cabía la menor duda.

—Buenos días.

John apareció en mi salón vestido con un chándal de marca y algo sudado. Seguramente habría venido haciendo deporte, nuestras casas no estaban lejos.

Lamenté profundamente que nos interrumpiera.

La noche anterior, después de mi conversación con Álex, pedí un taxi y me fui sin despedirme de nadie. Solo se lo comenté a Cósomo para que no se preocupara.

No quería seguir soportando la mirada azul de Álex sobre mí aunque, a la vez, estaba deseando volver a besarlo. Volver a tenerlo entre mis brazos y perderme en él. Era imposible resistirme. Ese beso, todo lo que me hizo sentir... fue puro fuego.

—Hola, cielo. ¿Cómo tú por aquí? —me incorporé.

—¿No puede uno visitar a su futura esposa? —bromeó.

Algo en mí se quebró. Me sorprendía que John se estuviera tomando tan bien las cosas, pese al daño que seguro le estaba causando.

A él también lo había apartado, aunque nuestra boda irremediablemente siguiera su curso.

—Claro que sí —me obligué a sonreír—. Vayamos fuera.

Le di un beso en la cabeza a mi abuela y la dejé rumiando sus pensamientos. Ella también cargaba con una gran desazón.

—Estaba pensando en la persona que oculta mi familia —nos paramos en el vestíbulo. Eso captó toda mi atención—. Hay una caja fuerte en mi casa, quizá quieras venir y echarle un vistazo.

Yo quería saber todo lo que pudiera sobre esa persona, así que no iba a negarme. Era una gran idea.

—Claro, ¿cuando?

—Ahora mismo. Mis padres van a pasar todo el día fuera.

—¿Y Scarlett?

A mi cuñada no le caía muy bien, todavía no había comprendido por qué, pero no quería que ella supiera más de la cuenta.

—Creo que ha empezado a salir con alguien porque casi no para por casa. No será un problema.

—De acuerdo. Vámonos.

Cogí mi Mazda MX-5 y fuimos hacia su casa. Estaba a cinco minutos en coche, por lo que no tardamos en llegar.

—Pasa, está en el despacho.

El despacho de Luciano era bastante austero. Había estado allí alguna vez acompañando a mi padre.

—¿Crees que sabrás abrirla?

—¿No tienes el código?

Normalmente tenía que documentarme antes de abrir una caja fuerte. No todas las puertas eran iguales y dudaba que los Ricco tuvieran una caja estándar.

—No tengo nada, Blake. Solo mis padres tienen acceso a ella.

John retiró un armario y allí estaba, incrustada en la pared.

Eché un vistazo a la caja. Por suerte, era un modelo antiguo. Una *Cash iron* que se abría con llave.

—¿Tienes unas ganzúas?

—Claro, las busco.

Subió a la primera planta, mientras yo me preguntaba si encontraría alguna respuesta. Necesitaba deshacerme de este compromiso y, a la vez, saber a quién había ocultado mi familia. El hecho de John me estuviera ayudando, significaba mucho para mí.

Trajo las ganzúas y me dispuse a abrir la cerradura de forma experta. Tardé un poco más de lo que esperaba, pero menos de lo que habíamos tardado en el trayecto en coche.

—*Voilà!* —exclamé al abrirla.

Ambos asomamos la cabeza para ver su contenido. Había dinero en metálico, algunas joyas y documentos. Los revisamos todos, pero ninguno se refería a lo que habíamos ido a buscar. Me sentí un poco mal por entrometerme de esa manera en los asuntos de su familia, pero John no pareció darle importancia.

—Aquí no hay nada —dijo, y yo vi mis esperanzas mermadas. Algo tenía que haber. Siempre guardas las cosas más importantes en la caja fuerte y esto lo era.

Metí las manos, tanteando cada palmo de la caja para descubrir si había algo más y encontré un borde. Era un doble fondo. Aparté la plancha de hierro negro que lo cubría y ahí estaba. Un sobre con unos números que parecían coordenadas.

50.4255563581

25.0145845217

No había ninguna otra indicación. Norte, sur, este, oeste. Tendríamos que investigarlo. Cogí el papel entre mis manos y le envié una foto a Giordano. Él sabría dar con la información.

—Espero que esto te haya ayudado —dijo John, aletargado.

No podía culparle. Él sí me quería y yo buscaba cualquier motivo para dejarlo.

—Muchas gracias, cielo —lo besé en la mejilla. No pude añadir nada más.

—He invitado a los chicos a la piscina. ¿Te quedas?

—Por supuesto.

Antes de que me diera cuenta, estaba rodeada por todos nuestros amigos. Y no pude evitar pensar que la vida debía ser eso.

Salir, entrar, divertirnos. Éramos un críos jugando a ser mayores, cuando apenas contábamos entre todos una vida entera.

El más mayor, Fredo, tenía veintisiete años. La más pequeña, Scarlett, dieciséis. Debíamos hacer exactamente eso a nuestra edad. Y, aunque yo escogía la mafia cada día, debía admitir que me hubiera gustado poder permitirme el lujo de disfrutar sin remordimientos. Mis amigas todavía podían hacerlo. Tenían la suerte de que sus padres siguieran vivos.

—¿Qué pasa entre vosotros dos? —pregunté a Martia, señalando a mi primo, mientras me sentaba en el borde de la piscina.

Mis pies agradecieron el frío del agua.

—No sé si lo sabes, amiga, pero tu primo es idiota.

—Algo tengo entendido —me reí—. Te quiere, ¿lo sabes?

—Giordano solo quiere a su familia —contestó cabizbaja y me dio mucha pena. Era verdad que era idiota. Tenían una relación de *amor-odio* demasiado tormentosa para mi gusto.

—Sabes que comparto su pensamiento, la familia está por encima de todo... pero vosotras lo sois.

Zia, Martia y Vera eran las hijas de mis padrinos. Habíamos crecido juntas. Y, aunque Martia tenía dos años más que yo y Vera cuatro, eso nunca fue obstáculo para compartir tantos momentos juntas como pudimos.

—Yo también os siento así —acarició mi brazo y la sentí muy cerca.

—Entrará en razón, ya lo verás.

—Espero que sí... porque este amor terminará por consumirme.

La entendí tan bien que quise cambiar de tema.

—¿Cuándo vienen tus primos?

—¿Xesco y Vitorio? —asentí—. Pues esta semana que viene. La verdad es que no he prestado mucha atención.

—¿Puedo? —dijo una voz, de repente, interrumpiéndonos.

—John, tú nunca has necesitado permiso.

Iba a seguir preguntando a Martia sobre los Léoni, pero no tuve opción.

—Ya no sé cómo actuar, Blake —se sinceró—. No sé cuándo cruzo la línea y cuándo no. Mierda. Ni siquiera sé dónde está la maldita línea.

—Nos vamos a casar. Creo que esa línea de la que hablas está muy difuminada, cielo —dije con pesar, si es que alguna vez en nuestras vidas había estado clara.

—Pero tú no lo deseas... me resulta muy difícil esta situación. No poder abrazarte o besarte cuando quiera... porque sigo queriendo —me cogió la mano—. Te tengo tan cerca y tan lejos...

No sabía por qué... decidí besarlo.

Quizá queriendo borrar el beso que me dio Álex la noche anterior... o incluso queriendo buscar en sus labios algo que, lamentablemente, ni encontraba, ni sentía.

Lo besé intentando volver al pasado, a esos años en los que John era bastante y en los que yo era feliz. Quizá, si cerraba los ojos durante el tiempo suficiente, aquéllo me parecería real.

Aumenté la fuerza del beso, intentando rememorar la de veces que lo habíamos hecho, buscando la pasión que antes me hacía sentir. Pero, finalmente, claudiqué y él lo comprendió.

Nada servía.

No había vuelta atrás.

Porque al pasado nunca se puede volver y ambos lo sabíamos.

Capítulo 10. Revelaciones

ÁLEX

—¡Camarada! —exclamó Bass, divertido, al entrar en mi habitación.

Había abierto la puerta con más fuerza de la que él mismo se esperaba y me resultó casi cómico.

Supuse que lo que me quería decir era importante. Últimamente, nadie se atrevía a molestarme cuando estaba aquí.

Era mi santuario.

—¿Qué quieres? —gruñí, pese a que agradecí su visita. Estaba necesitado de contacto.

Se encogió de hombros, aunque yo sabía que era solo fachada. Sebastian era un hombre con una meta y la iba a soltar cuando él quisiera.

—Quería saber qué haces tan encerrado en tus aposentos —se burló—. Estamos todos abajo. Suspiré.

—Quiero estar solo.

—Puedes estar solo rodeado de gente.

Se tumbó en mi cama y puso los brazos detrás de su cabeza.

—Claro que sí, tú ponte cómodo.

Él entrecerró los ojos.

—¿Cuándo piensas empezar a luchar por ella? —ahí estaba su motivo—. Solo te veo lloriquear por las esquinas.

Lo cierto es que me hubiera gustado mucho mandarlo a la mierda en ese mismo momento, pero él sabía de sobra lo que sentía.

—No me ha dado opción para lo que haga y lo sabes.

—Siempre hay opciones. Además —hizo un gesto con la mano quitándole importancia—, ¿cuándo te han detenido a ti esas minucias?

—Cuando he encontrado a alguien que pelea igual que yo —contesté, sabiendo lo parecida que era Blake a mí.

Me lo había puesto muy difícil.

—Si fuera de otro modo, no merecería la pena.

Mi hermano puso sobre la mesa un buen punto de vista, pero lo que yo tenía dentro no se curaba hablando de ello, a no ser que fuera con la persona adecuada.

Mi mente solo tardó un minuto en resolver que no podía dejar que el destino tomara las decisiones por mí, debía coger yo las riendas. Así que me presenté en casa de Blake esa misma tarde, porque la alternativa me suponía continuar con un hueco en el pecho, que sospechosamente cada vez se parecía más al de una maldita bala.

Cuando las verjas se abrieron, permitiéndome pasar, observé como la madre de Blake estaba coordinando a un montón de gente, que movían mesas, sillas y centros de flores de un sitio a otro.

Lena de Lucchi era una mujer fascinante. Se parecía bastante a Blake físicamente, pese a los estragos que la edad había hecho en ella. A casi tres semanas de haber fallecido su marido,

mostraba entereza y supe que también su personalidad guardaba un parecido muy fuerte con la de su hija.

Blake apareció desde el jardín y le dedicó una mirada de adoración a su madre. No me cupo duda de que, pese a las adversidades, ambas saldrían adelante.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunté a uno de los empleados, mientras me acercaba a ellas. Había dejado mi moto aparcada un poco más lejos de lo habitual a propósito.

—Estamos preparando una fiesta de compromiso, señor —contestó y me dio una punzada en el pecho que decidí ignorar.

Blake no advirtió mi presencia hasta que estuve junto a ellas.

—Señora Marconni —dije utilizando el apellido de su marido, porque sabía que ella lo había adoptado al casarse—, lamento mucho su pérdida.

—Gracias... —me miró extrañada—. ¿Nos conocemos?

—Soy Alessandro Cabante —contesté, observando la reacción de Blake.

Su madre la miró también. A ella y a mí, alternativamente, y su mirada traslució un brillo de comprensión que no me pasó desapercibido.

Asintió.

—Os dejaré solos —dijo, echando un último vistazo a su hija, antes de volverse hacia mí—. Encantada, Alessandro.

—Igualmente —contesté, y el silencio se hizo hasta que su madre estuvo a la suficiente distancia como para dejar de escucharnos.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Blake con mala cara y yo saqué mi as de la manga. Había venido con una sorpresa.

—Te traigo un regalo.

Puse el objeto delante de ella y le quité la sábana que lo cubría.

—¡El Pintor! —exclamó con sorpresa en sus ojos y me apartó dentro de la casa para que nadie lo viera—. ¿Me lo regalas?

—Bueno, en realidad, no —no era mío para poder dárselo, aunque, en ese momento, deseé que lo fuera. Su dueño aún no tenía comprador y no quería arriesgarse a que le pasara algo, así que decidió ahorrarse una entrega. Sabía que estaría seguro conmigo—. He pensado que tu madre podría valorarlo, después de todo.

—Se lo podías haber dicho a ella... —alzó las cejas y me sentí completamente cautivado.

—Llegados a este punto, creo que es más que evidente que quería hablar contigo.

Tragó saliva. Era inteligente, pero no era inmune a mí.

—Ahora está muy entretenida montándose una fiesta, como puedes ver —puso sus manos en alto, abarcando lo que nos rodeaba.

Me maldije por arrastrarme ante ella cuando iba a unir su vida a la de un hombre que no era yo... pero ya había decidido que estaba cansado de luchar contra ese sentimiento. Quería darle alas y ver lo lejos que podía volar.

BLAKE

Si le molestó lo de la fiesta, no hizo ninguna mención. Yo sabía leer muy bien a las personas,

pero con él había algo que no terminaba de discernir. ¿Qué le pasaba conmigo?

Me buscaba. Quería tener mi contacto. Eso seguro.

También me dijo que le había hecho pensar que sentía lo mismo... pero, ¿qué era lo que él sentía, exactamente?

En su nota decía que su corazón era mío. Sin embargo, yo lo había pisoteado. ¿Qué le hacía venir a mi lado una y otra vez pese a mi rechazo?

No me atreví a preguntar, temiendo que la respuesta revelara el verdadero sentimiento que ninguno de los dos podía pronunciar, porque entonces ambos estaríamos perdidos.

Yo, porque no podía entregarme a él.

Y él, porque no era mío, sino de la mafia. En toda la extensión que llegaba hasta Roma y que no me había querido contar por más que le hubiera preguntado.

Secretos. Y mentiras. Y más secretos que nos rodeaban sin tregua. Y, aun así, seguía teniendo tanta influencia sobre mi cuerpo como sobre mí misma.

—Podrías ayudarme a encontrarle un comprador —comentó.

—¿Ese es tu concepto de un regalo? —contesté con una pregunta porque, pese a todo, me encantaba provocarlo.

Puso una sonrisa maliciosa, que escondía más de lo que dejó entrever.

—Te daría mucho más si tú me lo permitieras... pero no lo vas a hacer, ¿verdad?

No. Y no es porque no quisiera, es que no podía.

—Así que es verdad que no te ibas a dar por vencido... —afirmé.

—No sé ni cómo has sido capaz de dudarlo —contestó, devolviéndome la sonrisa que no sabía que había dibujado mi cara.

Quizá debía empezar a ser sincera conmigo misma y admitir que Álex me atraía muchísimo, me desafiaba y revolucionaba tanto mi cuerpo como mi mente.

Pero no podíamos estar juntos porque, si me iba a casar con John, no era lógico jugar con alguien de esa manera.

Ni yo era esa clase de persona, ni él se lo merecía. Había demostrado que yo le gustaba, aunque todavía no sabía hasta qué punto.

—Lo siento, Álex.

Él se acercó a mí, sin dejar de sonreír y me acarició el brazo. No lo aparté. Sus ojos azules como el agua me hacían arder por las ganas contenidas de besarle.

—¿Qué sientes, exactamente, Blake?

Ni yo misma lo sabía.

¿No corresponderle? No, porque lo hacía.

¿No dejarle entrar en mi vida? Estaba tan metido bajo mi piel que hasta a mí me costaba entenderlo.

¿Entonces? No poder compartir lo que ambos queríamos... eso era. No poder dar rienda suelta a lo que sentía.

—Tengo un compromiso, Álex. Con una persona que no eres tú —y nunca sabría cuánto me dolió pronunciar esas palabras, aunque él las entendiera.

Se alejó unos pasos de mí y perdí el calor que emanaba de su cuerpo, pero no lo detuve.

—Creo que eso ya me lo has dejado claro —suspiró—. Espero que algún día puedas contarme qué es lo que te ata a él, aun sin amarlo —callé. Si algún día se lo contaba, sería porque habría resuelto el misterio y para eso no sabía cuánto tiempo quedaba—, porque estás echando a perder algo increíble —dijo antes de irse, como si fuera lo único que tuviera claro en su vida.

Tenía que salir de allí.

Los sentimientos me abrumaban.

Todo lo que ocurría a mi alrededor no hacía más que inquietarme, mientras yo buscaba una salida en sentido contrario a donde me guiaba la corriente.

Y que mi casa fuera testigo de una fiesta, cuando poco antes lo había sido de un funeral, tampoco ayudaba en absoluto.

Cogí el cuadro y lo dejé en mi habitación, escondido bajo la cama, antes de echar a andar hacia ninguna parte. Necesitaba estar sola y pensar.

La mansión no estaba muy retirada de la civilización. Nada en Nueva York lo estaba, y pronto llegué a Union Square.

Parecía que con Álex nunca iba a ser capaz de tomar una decisión en firme. Yo, que para todo me creía implacable, con él me sentía más vulnerable que nunca.

No tenía sentido. Sabía que quería estar con él, pero, por el momento, no podía. Y pelear contra esas ganas me tenía agotada. Porque, muy en el fondo, estaba segura de que era una lucha baldía.

Antes de darme cuenta siquiera, me vi en la puerta del cementerio en el que estaban los restos de mi padre. No pudimos enterrar su cuerpo porque estaba calcinado. Solo enterramos cenizas pero, aun así, delante de su tumba conseguí sentirme muy cerca de él.

Repasé las letras de su lápida con mis dedos. En ella rezaba una frase, cosecha de mi abuelo, y que a toda mi familia le pareció correcta, dado que mi padre era un luchador nato.

Ponía: *La única batalla que perdió*. Y para todos era un consuelo, ya que la batalla contra la muerte no la ganaría nadie.

¿Quién querría matarlo?

Mi padre era un hombre inteligente y de palabra. Una persona íntegra y decidida. Pero también era un mafioso... ciertamente, tenía enemigos, pero nunca nadie destacó por ello. Al fin y al cabo, era un hombre respetable y procuraba no hacer un daño innecesario a quien no se lo merecía.

Sentada en la hierba, mi teléfono comenzó a sonar.

Era una llamada de Cósomo.

—Dos cosas, prima —dijo por todo saludo. Agradecí que no me preguntara dónde estaba—. Primero, el del FBI ya me está tocando las narices más de la cuenta. Lo he bloqueado, directamente. No sé cómo cojones consiguió mi teléfono, pero no descarto que te llame a ti o a Giordano si no puede localizarme. Y segundo, averigua cuándo escribió tío Roberto esa carta. Nos dará pistas.

—¿Has respirado mientras decías esa frase? —me reí, sin pensar el sitio en el que estaba. A mi padre también le hubiera hecho gracia escucharlo soltar esa parrafada del tirón.

—No hay tiempo que perder —dijo serio—. Mantenme informado.

Las intuiciones de mi primo había que seguirlas. Sin duda.

—Llamaré al albacea —contesté y colgué.

Cósomo había tenido una buena idea. Pero yo no iba a llamar por teléfono si podía mirarlo cara a cara cuando le hiciera la pregunta. Así que me dirigí hacia su despacho en Times Square.

—Buenas tardes —dije a la ayudante de Donald Stumpterland, el amigo de confianza de mi tío Agostino y albacea de la familia.

—Buenas tardes, ¿tenía cita?

—No, pero dígame al señor Stumpterland que Blake Marconi desea verle, por favor.

—Enseguida —cogió el teléfono, pulsó una extensión y dijo mi nombre—. Puede pasar, señorita Marconi.

Me alegré de que no estuviera reunido. Pegué en la puerta y pasé. El señor Stumpterland se levantó de su mesa en cuanto me vio.

—Blake —me tendió la mano—, ¿va todo bien?

—Sí, todo bien.

—Siéntate, por favor. ¿A qué debo tu visita?

—Verá, he estado dándole vueltas al testamento de mi padre —asintió—. Como sabe, en él había un sobre con una carta.

—Lo sé, aunque no vi su contenido.

Por supuesto. Eso era privado. Yo tampoco se lo iba a revelar.

—Me preguntaba si podría decirme cuándo la escribió.

Donald me miró perspicaz y luego soltó una carcajada.

—Tú padre me dijo que eras muy lista. Has tardado en venir menos de lo que pensaba.

Lo miré extrañada.

—¿A qué se refiere?

—Roberto sabía que indagarías, sobre todo por la forma en que murió —hizo una pausa—.

Blake, ¿qué me dirías si te contara que tu padre me trajo esa carta el mismo día de su muerte?

¿Cómo? Aquello no era posible... avancé un paso en el asiento, pegándome más a la mesa.

—Le diría que me contara todo lo sabe.

Él cogió un bolígrafo y empezó a jugar con él.

—Lo único que puedo afirmar con seguridad es que tu padre sabía que iba a morir y quería que tú lo descubrieras.

—Eso no puede ser —estaba realmente impactada—. ¿Por qué? ¿con qué motivación?

—No me contó más. Solo me pidió que te lo confirmara cuando vinieras y que te hiciera prometer que no le contarías a nadie lo descubierto aquí.

—¿No lo sabe nadie más? —entrecerré los ojos. Este hombre era una persona de confianza para mi tío, ¿sabría algo él?

Seguro que sí. Tío Agostino ya me hizo entrever que conocía el contenido de la carta.

—No me dijo que nadie más lo supiera, no. Parecía bastante resignado con lo que iba a ocurrir y me dijo que debías saber que ibas por buen camino.

Dios mío... ¿qué estaba ocurriendo? ¿mi padre sabía que iba a morir? ¿era todo aquello intencionado? Y, sabiéndolo, ¿porque no trató de evitarlo? Era posible... ¿era posible que mi padre siguiera... vivo?

Capítulo 11. Sospechas

BLAKE

Lo primero que hice al llegar a casa fue contarle a mis primos lo ocurrido con el albacea. Era cierto que Donald Stumpterland me había hecho prometer que no se lo contaría a nadie, pero Giordano y Cósomo eran una extensión de mí. Yo me apoyaba en ellos. Debían saberlo para poder ayudarme.

—Eso cambia las cosas... —dijo Giordano pensativo.

—¿Crees que papá sabrá algo? —preguntó Cósomo, refiriéndose a Agostino.

—Nosotros mismos lo vimos cuando ocurrió todo, estaba totalmente bloqueado.

—Podría haberlo fingido... —especuló Cósomo y yo también lo creía. Mi tío sabía mucho más de lo que decía, eso estaba casi demostrado.

—Mal vamos si desconfiamos entre nosotros, hermano.

—Es solo un pensamiento... parece que últimamente estoy traicionando a todo el mundo, joder.

—¿Por qué dices eso? —pregunté. Mi primo llevaba unas horas más serio de lo normal, ya se lo noté por teléfono.

—Me he peleado con Romano.

—¿Qué ha pasado?

—Ha descubierto lo del agente del FBI y se lo he negado... le he mentado y lo sabe, pero no sé qué cojones decirle y luego le he echado un montón de cosas en cara que yo no debía saber y que no se merecía.

—La has cagado pero bien, ¿no? —dijo Giordano, revolviéndole el pelo.

—He sido un puto gilipollas, pero vamos a lo importante. ¿Encaramos a papá a ver qué sabe?

—No sé... el albacea me dijo que no se lo contara a nadie, pero también que iba por buen camino —reflexioné—. Y vuestro padre me soltó esas mismas palabras hace unos días.

Ambos me miraron extrañados.

—No nos lo habías contado.

—No sabía cuánta importancia tenía y me negó que supiera nada. Solo me dijo que siguiera haciéndolo como hasta ahora y que buscara la verdad.

—Es todo muy raro.

—Chicos, papá quería que yo descubriera que sabía que iba a morir y algo en mi fuero interno me dice que está vivo.

Mis primos se miraron entre ellos y luego a mí de nuevo.

—¿Pero qué dices, Blake?

—No es tan descabellado. Si uno sabe que va a morir lo evita, ¡maldita sea! ¿cómo no iba a hacerlo? Mi padre no nos hubiera dejado si hubiera tenido otra opción.

—A lo mejor no lo conocíamos tanto como pensábamos.

—No, Cósomo. No vayas por ahí —le recriminé—. Él no trabajaba con el FBI y no delataría

ni a Palmiro ni a nadie.

—Eso está claro, Blake. Tranquila —coincidió Giordano—. Tío, ¿qué te está pasando?

Cósomo movió la cabeza.

—No me hagáis caso. Igual necesito parar de pensar en todo durante un puto minuto —se levantó y salió de la estancia.

La pelea con Romano le había afectado bastante. Estaba claro que mi primo lo quería con locura.

—Blake —Volvió Giordano a mí—. He buscado los números que me diste y efectivamente son coordenadas, pero solo me llevan a dos localizaciones posibles. Un almacén en Uzbekistán o un punto en mitad del desierto del Sahara en el que solo debería haber arena.

—No tiene sentido, Giordano... aunque quizá el almacén... —pensé. Quizá allí halláramos algo.

—A unas malas, podemos enviar a alguien a que lo compruebe in situ.

—Pero todavía no —negué—. No estamos seguros de si esas coordenadas están relacionadas con el caso. Pueden ser de cualquier cosa que los Ricco tengan o hayan tenido entre manos.

—¿Quieres que siga investigando?

—Sí, sigue indagando hasta que no haya nada más que encontrar.

ÁLEX

Romano nos había reunido a Julia, Bass y a mí entorno a la mesa de la cocina. Llevaba nervioso varias horas. Había estado hablando por teléfono con alguien e incluso se le había escapado algún grito desde su habitación.

No supimos lo que pasaba hasta que decidió contárnoslo allí mismo.

—¿Te acuerdas del tío con el que vimos a Cósomo en la mansión? —me preguntó, enfurecido.

—Claro —asentí, sin saber a dónde quería llegar.

—Lo he investigado y es del FBI.

Bass, Julia y yo nos miramos sin entender nada todavía. ¿Qué hacía Cósomo hablando con un agente federal?

—¿Por qué lo has investigado? —preguntó Julia.

—Estaba celoso —se encogió de hombros—. Cósomo lleva raro varias semanas. Lo llaman y me dice que se han equivocado. Incluso le pregunté expresamente por ese tío y me dijo que era un amigo... ¡un puto amigo! ¡me ha mentido en la cara!

—Vale. ¿Y eso qué significa? —quise saber.

—No sé, pero me huele raro. No creo que me esté poniendo los cuernos ni nada parecido, pero me ha engañado, de una forma u otra... porque hay algo más.

—¿Qué más, peque? —Julia le cogió la mano de forma cariñosa para intentar calmarlo o para darle fuerzas... de cualquier manera, mi hermano continuó.

—Sabe lo que hicimos en Roma.

—¿Cómo? —exclamó Bass. Ahora el nervioso era él—. ¿Cómo es eso posible?

—No me refiero a la muerte de los Léoni —aclaró—, sino a lo que ocurrió antes de que viniéramos a Nueva York.

—¿Cómo lo ha averiguado? —pregunté extrañado y por qué había husmeado en nuestros

asuntos siquiera. No me parecía propio de Cósomo, por lo que había conocido de él hasta el momento.

—Pues... tampoco lo sé —se pasó una mano por la cara, exasperado—. Estábamos hablando, le eché toda la mierda del tío del FBI y él me dijo que me callara porque nosotros también teníamos mucha mierda encima. Y luego me espetó lo de Roma.

—En vuestra relación no hay mucha confianza, ¿no, hermanito? —dijo Bass burlón y Julia le dio un manotazo para que se callara.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Romano, temeroso.

—Habrá que hacerle una visita —contestó Bass, esta vez serio.

—Iré yo —me ofrecí.

La verdad era que pensaba ir de todas formas... hoy se celebraba la fiesta de compromiso.

Capítulo 12. El Compromiso

BLAKE

Había retrasado la fiesta cuanto había podido. La muerte de mi padre me dio la excusa perfecta. Pero sin encontrar a la persona que tenían escondida, debía seguir manteniendo mi promesa. Mis suegros, aunque prudentes, habían insistido. Así que, celebrarla, se hizo inevitable.

Mi madre estuvo haciendo los preparativos durante varios días y me alegré porque eso la tuvo entretenida y evitó que pensara en exceso. Sin embargo, yo no era feliz, y menos con Scarlett lanzándome miradas asesinas. Que esa niña me odiaba era un hecho, pero me tendría que tragar. Desgraciadamente, estaba escrito en piedra.

—Cariño, ¿quieres sonreír? —me pidió mi madre.

Todos los invitados, salvo las personas mayores, estaban de pie y habían hecho corrillos para hablar unos con otros. Los camareros de la empresa de catering iban pasando con las bebidas y algunos canapés. Posteriormente, nos sentaríamos y comenzarían los discursos. Odiaba esa fiesta.

—Lo intentaré, pero ya sabes que me resulta muy difícil fingir algo que no siento.

—Lamento que tengas que pasar por esto, cariño. Dios sabe que me gustaría que las cosas fueran diferentes—me dio un beso en la cabeza—. Pero piensa que, muy pronto, tú también mandarás en la familia Ricco. Serás la cabeza más poderosa de las cinco familias.

Eso era cierto. John y yo éramos los únicos que aspirábamos a aquéllo, ya que Zia y Matteo eran los más pequeños de sus hermanos y Carrick, el novio de Fiorella, no pertenecía a la mafia.

Sin embargo, después de todo lo ocurrido, aquéllo era algo que ya no me importaba.

Me gustaba ser parte de algo más grande que yo, pero la responsabilidad que eso conllevaba me había hecho darme cuenta de que, con ser el *Don* de mi propia familia, me bastaba.

—Mi niña, ¡estás tremenda! —me abrazó mi tía Bianca, que no tenía pelos en la lengua. Para haberse criado en Nueva York, parecía una auténtica italiana. Quizá tuviera que ver con el hecho de que mi padre y ella pasaron allí sus primeros años de vida.

—Muchas gracias, tía Bianca. Dime dónde puedo encontrar a tío Agostino, por favor.

—Lo he dejado hablando con el *consigliere* de los Inchenza, ya sabes cómo es. Por cierto, Lena, ¿has visto el vestido de Rosetta?

Dejé a mi madre y a mi tía despotricando de la pobre Rosetta y fui buscar a mi tío. Quería encararlo y ver si le sacaba algo más de información.

—¿Interrumpo? —pregunté al llegar hasta él.

—Claro que no, querida. Estás espectacular —me dio un beso en la mejilla.

Sonreí, porque yo también me veía favorecida. Llevaba un vestido verde con pedrería en el escote palabra de honor y gasa desde la cintura hasta los pies. Mi madre lo había elegido y yo lo combiné con unos tacones de aguja en un verde más intenso y un recogido bajo y desenfadado en el pelo.

—Gracias, tío —sonreí—. ¿Podemos hablar un segundo?

—Claro —carraspeó y se despidió de su interlocutor—. Si me disculpas.

—Por supuesto —exclamó el aludido, que se volvió hacia mí—. Enhorabuena, Blake.

—Muchas gracias —contesté sin ganas. Cuando nos dejó a solas, hablé—. Tío Agostino, ¿sabías que papá escribió la carta que me dejó el mismo día de su muerte? —comenté sin paños calientes y observé su reacción.

Su cara se contrajo en una mueca de sorpresa que se recompuso al instante, pero no lo suficientemente rápido como para que yo no me diera cuenta.

Supe que su sorpresa era porque yo lo hubiera averiguado y no porque no lo supiera. Mi padre y él eran tan inseparables como mis primos y yo, aunque no compartieran la misma sangre.

—Parece que te estás acercando —sonrió—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

¿Por qué no me lo explicaba él? ¿quería encubrir a mi padre...? ¿protegerlo, quizá...? No me estaba mintiendo, pero omitía contarme lo que sea que supiera. De lo que sí estaba segura, era de que hasta los vínculos más fuertes tenían sus límites y yo estaba dispuesta a averiguarlos.

—Algo que dijo mi padre en la carta —mentí. No iba a delatar al albacea—. Simplemente, llamó mi atención. Pero no te preocupes, no he dicho nada.

—Blake, claro que me preocupo por ti y siempre que quieras contarme algo, aquí estaré para escucharte.

Ironías. Bien jugado, vida.

—No lo dudo —contesté y salí de aquella casa.

ÁLEX

Cuando llegué a la mansión me enteré de que a aquella fiesta se accedía por invitación y yo no estaba invitado. La familia, o incluso los padres del rubito, se habían encargado de poner seguridad extra, por lo que me fue muy difícil entrar por el punto ciego del jardín, pero no imposible.

Soborné a uno de los camareros, que creó una distracción que me permitió llegar hasta una de las puertas de servicio que conectaba con el interior. La gente se repartía por toda la casa y los camareros sacaban canapés y bebidas al jardín trasero de forma constante, por lo que debía utilizar la zona menos transitada. No me convenía que alguien pudiera reconocerme.

Aunque, la suerte me sonrió cuando la vi salir al porche de la entrada. Se escabulló hacia una de las esquinas de la mansión y yo fui tras ella. Estaba increíblemente asombrosa con ese vestido. Era pura elegancia.

BLAKE

Alguien tiró de mi brazo haciéndome andar.

No vi quién era y, en ese momento, debía admitir que me asusté. No llevaba mi arma. No estaba preparada para un ataque y me maldije por haber bajado la guardia siquiera un segundo.

La persona me introdujo en la alacena, cerró la puerta y me empujó contra ella.

—Debería besarte ya y acabar con esta tortura de una vez.

Esa voz...

ÁLEX

Esa no es la idea que tenía en mente cuando venía hacia la mansión. Quería verla, claro, pero mis impulsos se habían interpuesto y habían hecho una locura.

Ya no había vuelta atrás.

—Álex...

Su respiración se entremezclaba con la mía y notaba como su pecho subía y bajaba con esfuerzo evidente, como si hubiera estado corriendo. Supuse que era por la adrenalina que emanaba de nuestros cuerpos, pero no me paré más tiempo a pensarlo.

—¿Quieres que te bese, Blake?

Retiré de su cara un mechón de pelo que se había escapado del recogido que llevaba hecho, acariciando su cuello a mi paso. Se estremeció. Y me encantó provocar esa reacción en ella.

—Yo... —casi tartamudeaba. Quizá fuera porque estábamos a oscuras o porque se permitió sentir por una vez en lugar de pensarlo todo—. No... no podemos.

Rodeé su cintura con un brazo, acercándome tanto a ella que sería imposible no besarla. Nuestros labios se rozaban.

—Ah, ¿no? —susurré contra su boca—. ¿Estás segura?

Suspiró. Cerró los ojos, que ya se estaban adaptando a la poca luz que había en la alacena y, cuando los abrió, pude ver el fuego chispeando en su mirada.

—Vas a ser mi condena —dijo, poniendo sus manos en mi cara y atrayéndome hacia su boca para que la besara sin piedad.

BLAKE

La oscuridad me dio el valor para seguir los impulsos que reclamaba mi cuerpo. Besé a Álex con desesperación y demasiadas ganas. Puse mis manos en su cara y me apreté contra él hasta encajar como uno solo. Me deleité saboreando sus besos antes de rechazarlos.

Aquello no podía ocurrir por más que yo quisiera, al menos, no mientras John y yo tuviéramos que mantener la farsa del compromiso. Sería una falta de respeto hacia él, hacia su familia y hacia la mía. Aunque más me faltaban el respeto ellos a mí obligándonos a mantener este compromiso... y por eso lo hice.

No aguantaba más mirarlo y no poder hacer nada con el deseo que latía en mi vientre. Tenerlo tan cerca era... delicioso y frustrante.

Ni siquiera me paré a pensar qué hacía allí, ni porqué había venido a mi fiesta de compromiso. Cuando recuperé la cordura, lo empujé para tener espacio, abrí la puerta y salí corriendo.

Una batalla se libraba en mi interior e, independientemente de la parte que resultara vencedora, ninguna llegaría a ganar realmente.

Capítulo 13. Superstición

ÁLEX

Tuve que respirar varias veces hasta que mis pulmones se acomodaron a los de una respiración normal, y notaba una fuerte erección latiendo por salir.

No sabía hasta cuándo podría aguantar aquél tira y afloja que nos traíamos entre manos pero supe, desde el primer momento, que merecía la pena. Que ella era para mí como yo era para ella, por mucho que las circunstancias nos separaran.

Me dispuse a salir de allí para buscar a Cósomo pero, cuando lo divisé, hubiera preferido no haberlo hecho.

Estaba saludando a uno de mis peores enemigos. Xesco Léoni.

No sabía cómo iba a encajar Romano aquella traición después de lo que había ocurrido entre ellos, ni que hacía Xesco allí, en Nueva York.

Cogí mi teléfono y marqué su número.

—Dime, Álex.

—Roma, ¿estás con Bass?

—Voy a buscarlo, espera.

Dos putos minutos interminables después, estaba en altavoz.

—Los Léoni están aquí.

—¿Qué dices? —gritó Bass, pero yo me concentré en el hermano que más me necesitaba.

—Roma, Xesco Léoni está en la fiesta de compromiso... —hice una mueca al pronunciar esas palabras. Ni yo me lo podía creer—, hablando con Cósomo.

Silencio en la línea.

Todos sabíamos lo que aquéllo significaba.

—No quiero que le pase nada, Álex —gimoteó mi hermano.

Darí la vida por Romano sin necesidad de que me lo pidiera. Pero eso era algo que no le podía prometer.

Cogí mi arma y le puse el silenciador. Esperaba no tener que utilizarla, pero no las tenía todas conmigo. Debía estar preparado para lo que fuera.

Busqué a Cósomo en cuanto se deshizo de la compañía del Léoni y apunté a su espalda disimuladamente, pegándome a él y tapando el arma con mi chaqueta.

Él miró para atrás y sonrió durante un segundo al verme. Hasta que se dio cuenta de lo que pasaba y entonces su expresión se contrajo en una mueca de horror.

—Álex, ¿qué coño haces? —me preguntó, pero toda mi intención era sacarlo de allí y llevármelo lejos de las miradas indiscretas de los invitados a esa fiesta.

—Camina —ordené.

—Pero, Álex...

—No me hagas repetírtelo, Cósomo. Porque no seré tan suave.

Había demasiadas señales. La bomba en el coche del padre de Blake, el tipo del FBI, el hecho de que investigara lo que nos ocurrió en Roma y ahora Xesco.

Tendría que empezar interrogándolo y ver qué ocultaban todos esos hechos. Por qué nuestro amigo, el primo de Blake, el novio de mi hermano, nos había engañado.

Llegamos a nuestro destino y le até las manos a la espalda con una cuerda.

En Roma había una vieja superstición que decía que matar a tu sangre te auguraba una vida de penalidades. Cósomo no era de mi sangre, pero ya lo quería como si lo fuera. Por eso me dolía tanto estar ahí, apuntando con mi pistola a su cabeza.

Dice la superstición que su fantasma te perseguirá hasta el fin de tus días, instalando en tu vida la mala suerte.

No era justo.

Era él quién nos había traicionado.

Era él quien debía cargar con la pena, no yo.

Capítulo 14. Traición

BLAKE

—¿Has visto a los Léoni? —me preguntó Giordano, asiéndome del brazo.

Yo acababa de volver de mi incursión en la alacena y había ido al baño para refrescarme. Mis mejillas aún no habían perdido el rubor rosado que Álex les había provocado.

—¿Están aquí?

No me importaba que mis padrinos los hubieran invitado, la verdad era que había demasiada gente en aquella fiesta. Casi la misma que en el funeral de mi padre.

—Sí, Martia me los acaba de presentar. Son unos gilipollas de mucho cuidado —se burló mi primo.

—Así que Martia, ¿eh? —alcé las cejas con una sonrisa.

—Cállate —rió Giordano—, y vamos a buscarlos. Si han venido a tu fiesta de compromiso, por lo menos que saluden a la anfitriona como es debido.

—Tú quieres que los conozca para que te dé la razón —dije, riendo también.

Giordano y yo buscamos por el salón y por el jardín, pero no dimos con ellos, así que inspeccionamos algunas de las estancias de la planta baja, pero no encontramos más que al personal.

Nos íbamos a dar por vencidos, hasta que abrimos la puerta de la sala de reuniones y, por suerte, mi primo fue más rápido que yo y puso su brazo para contenerme, dejando la puerta entreabierta.

Lo que yo vi, fue a Scarlett, la hermana de John, besando a un chico. Lo que vio Giordano, fue a Scarlett besando a Vitorio Léoni.

Mi primo me miró y frunció el ceño. ¿Qué hacía una Ricco con un Léoni? ¿de qué se conocían? Y, ¿de qué iba todo aquello?

Scarlett era una niña, una cría de dieciséis años.

—Estoy deseando largarme de esta pantomima de fiesta —dijo Scarlett, coqueta.

Por suerte, pudimos oírla porque no estaban muy lejos de la puerta. Aquélla sala era bastante grande.

—Pronto estaremos en el hotel —contestó Vitorio, acariciándole la mejilla.

Todo aquello era, cuánto menos, raro. Sin embargo, la voz que oímos a continuación, y lo que dijo, fue lo que más nos llamó la atención. No estaban solos.

—Menos mal que John no te ha escuchado decir eso —repuso Vera, la nieta de Petra.

¿Desde cuándo Vera y Scarlett eran amigas? Se llevaban, al menos, diez años.

—Tu novio tendrá que aguantar lo que a mí me dé la gana mientras necesite mi ayuda, ¿no crees? —amenazó Vitorio.

¿Cómo que su novio? Miré a Giordano y él me cogió de la mano, instándome a que no hiciera conjeturas, pero aquello no daba lugar a la duda. John estaba con Vera.

Esta se achantó ante las palabras de Vitorio. No la veíamos porque no podíamos abrir más la puerta, pero lo noté en su voz.

—Solo lo he dicho porque es su hermanita pequeña.

—Vera, no seas estúpida. John sabe lo que hay y lo acepta —Scarlett besó a Vitorio y a mí me subió un malestar por el estómago. ¿Qué ocurría allí?—. Además, su primo y él no han hecho más que ayudarnos desde que llegaron.

—Y sabes muy bien lo que hemos perdido con eso —la mirada de Vitorio era desafiante—. Si no nos hubierais llamado para poner esa maldita bomba, Xesco y yo hubiéramos podido estar con nuestros padres el día que los asesinaron.

¿Una bomba? Apreté la mano de mi primo y él me miró pidiéndome calma, ¿pero cómo iba tenerla? Noté su mano agarrando la mía con fuerza y supe que había sentido la misma rabia que yo.

Me entraron ganas de abrir esa puerta y ponerme a gritarles hasta saber lo que estaba ocurriendo. Porque no podían referirse a mi padre. No. Eso no podía ser.

—Marcello estaba allí y tampoco pudo impedirlo —dijo Vera, supuse que refiriéndose a otro Léoni, aunque estaba siendo cauta. Vitorio le daba miedo—. Nadie sabía que aquéllo iba a ocurrir.

—¡Malditos Cabante! —gritó Vitorio—. Vamos a acabar con ellos —dijo, con gesto malicioso.

¿Se refería a Álex y a sus hermanos? ¿a sus padres?

Dios mío.

—Por eso seguís aquí —Afirmó Vera.

—Por eso y para estar conmigo, ¿no? —preguntó Scarlett.

Pobre ilusa. No sabía cuánto tiempo llevaría con el Léoni, ni el aprecio que le tendría, pero en los ojos de ese chico solo había venganza. Yo la conocía muy bien.

—¿Utilizaréis el mismo método? —dijo Vera, sonriendo.

—Veo que le has cogido el gusto a las bombas.

—No puedes negar que ha sido infalible —bromeó Vera, ahora con más picardía. Estaba llevando a Vitorio a su terreno—. Si hubieras estado en el funeral... ni siquiera pudieron tener el ataúd abierto. ¡No había cadáver!

Rieron los tres y yo miré a Giordano.

En silencio, dibujó la palabra “tranquila” entre sus labios y una lágrima quiso escaparse de mis ojos.

Noches y noches en vela pensando en aquéllo y ahora que tenía la respuesta delante de mis ojos, no era siquiera capaz de asimilarla.

—Yo sigo diciendo que teníamos que habérsela puesto a Blake —comentó Scarlett, tan segura como si dijera que dos más dos son cuatro.

Me quedé totalmente helada.

—No digas tonterías. La boda tiene que celebrarse. Sino, ¿cómo nos haríamos con su herencia?

No era posible.

Aquéllo no era real.

¿Habían llamado a los Léoni para que mataran a mi padre y yo obtuviera mi herencia? ¿John se casaba conmigo para eso pero, en realidad, estaba enamorado de Vera? Y luego, ¿qué planeaban? ¿matarme a mí también?

John, Vera, Scarlett y los Léoni. ¿Pero qué locura era esa?

Tiré del brazo de mi primo hasta el pasillo. Ya había escuchado bastante.

—Giordano... —susurré y él me abrazó, pero en ese momento yo no quería llorar, por mucho

que las lágrimas pugnarán por salir. Quería venganza y él lo sabía.

—Sube a por las armas y avisa a la familia. Yo haré guardia para que no salgan —me apremió.

Fui corriendo a mi habitación y cogí dos armas, una para mi primo y otra para mí. Luego bajé al salón. Solo había unos cuantos camareros recogiendo las copas vacías.

Salí al jardín y encontré a mi familia sentada ya a la mesa.

Yo no iba a olvidar ese día, pero ellos tampoco.

Todos los invitados estaban sentados ya en sus respectivas mesas, expectantes.

John se levantó de su sitio y se acercó a mí.

Comenzaron los aplausos.

Capítulo 15. La segunda batalla

BLAKE

Mi fiesta de compromiso acababa de convertirse en una *vendetta*, pero nadie lo sabía aún.

—Blake, ¿dónde estabas? —dijo John en mi oído, volviéndose a saludar a todos los que nos aplaudían.

En ese momento, me sentí totalmente asqueada. No quería que ese hijo de puta me tocara, pero iba a ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar para quedarse con lo que era mío.

—John —lo insté—. Necesito que avises a las familias, que vayan a la sala de reuniones.

—¿Qué ocurre? —agradecí que no me cuestionara, porque mi paciencia tenía un límite y, lo que había escuchado de él, ya lo había sobrepasado.

—Vera está con los Léoni —omití a su hermana y esperé su reacción—. Ellos pusieron la bomba en el coche de mi padre.

La sorpresa cruzó su cara pero, así como la de mi tío era una expresión genuina de protección, la de John clamaba a gritos “me han pillado”.

Quería su muerte. Quería que muriera una y mil veces. Y quería ser yo quien lo matara con mis propias manos, y de mil formas diferentes.

—En un minuto estaremos allí.

Acepté su respuesta, pero iba a ser yo quien se lo dijera a mi madre.

Fui hasta la mesa en que estaban sentados y le dije lo mismo a mi familia. Mi madre se sobrecogió pero, por suerte, se repuso pronto.

—Bianca, entretén a los invitados. Diles lo que quieras —pidió a mi tía.

—No creas, ni por un segundo, que voy a perderme eso, cuñada —mi tía también quería venganza. Todos la queríamos.

—Pues, échalos, me importa una mierda —espetó mi madre—. Pero encárgate, por favor.

Fuimos corriendo a la sala custodiada por Giordano y encontramos a mi primo medio inconsciente, de rodillas en el suelo y con la mano apretando el picaporte.

—¡Hijo! —dijo Agostino, agachándose a inspeccionar a mi primo e intentando espabilarlo.

—¡Giordano! —gritó Martia, que llegó detrás de nosotros.

—El Léoni ha huido con Vera. Solo he conseguido retener a Scarlett —le salió un hilo de sangre por la presión del golpe que le habrían dado en el ojo y me preocupé—. Lo siento, Blake.

—Ellos son quienes tienen que sentirlo —lo besé en la cabeza—. Tío Agostino, por favor, que lo vea el médico.

Mi tío asintió.

—Haznos sentir orgullosos, Blake.

Le apreté la mano, comprendiendo sus palabras. Tenía tanto que contarle como él a mí, pero ahora sabía que esto podía acercarme un paso más a mi padre y a la verdad que él me pidió que encontrara.

Entramos y encontramos a Scarlett sentada en un rincón, abrazando sus rodillas. La sala había sido testigo de una reyerta. Había varias sillas en el suelo y un rastro de sangre en la mesa que

esperaba que no fuera de mi primo aunque, en vista de su cara, no las tenía todas conmigo.

Mi madre se quedó tras de mí, junto con mis abuelos, mis padrinos, Sylvana, su hija Fiorella, Carrick, Zia, Matteo, Elio, Fredo y sus padres, Palmiro y Rosetta. Casualmente, Petra no se encontraba allí y maldije la hora en que esa mujer seguía respirando.

Mis suegros y John entraron los últimos, pero se les cayó el alma a los pies cuando vieron a Scarlett en el suelo.

Kinsley corrió a abrazarla.

—Matteo, por favor —pedí ayuda a mi amigo, sabiendo que él sin duda me la prestaría, pese a que John era uno de sus mejores amigos.

Elio ayudó a separar a madre e hija, y Fredo ató a Scarlett a una silla valiéndose de unas bridas que no sé de dónde sacaron. Me satisfizo verlos tan preparados.

Hice caso omiso a la mirada de John, porque no merecería la pena siquiera mirarlo después de lo que había escuchado. Después de lo que sabía de él.

—Vera y Scarlett nos han traicionado a todos con Vitorio y Xesco Léoni —pronuncié en voz alta y lamenté que solo pudiéramos ajustar cuentas con una de ellas.

—¿Qué dices de Vera? —preguntó mi padrino, Salvatore.

—Lo he escuchado yo misma —respondí y vi como Graziella se lamentaba.

—¡Lo sabía, Salvatore! ¡sabía que Vera estaba demasiado unida a Petra! —se derrumbó mi madrina.

—Mamá —pronunció Zia, arropándola. No pudo decir nada más, la emoción no la dejaba.

Volví a explicar todo lo que había ocurrido, lo que Giordano y yo habíamos escuchado, omitiendo la parte que implicaba John. Fiorella me pidió iniciar el interrogatorio y yo le dí una de las armas que llevaba. A ella le iba a costar casi tanto como a mí, pero ambas sabíamos que era igualmente necesario y que yo estaba demasiado implicada. Agradecí el gesto. No la hubiera querido más en ese momento si se tratara de mi hermana.

Salvatore intentaba contener las lágrimas de Graziella, mientras Kinsley gritaba desquiciada en los brazos de Luciano.

Me removió el alma ver a mi suegro tan resignado y, en ese momento, podría jurar que me sentí de nuevo completa.

La parte de mí que se rompió cuando mi padre murió, con el hambre de la venganza, estaba volviendo a su ser.

—Cuéntanos qué ha ocurrido, Scarlett —reclamó Fiorella—. ¿Por qué estás con el Léoni? —asombrosamente, la cara de Scarlett era puro acatamiento, como si hubiera contemplado esa posibilidad mil veces y la tuviera perfectamente asumida en su cabeza—. Dinos qué te une a Vera —insistió mi amiga.

—No pienso decir nada, estúpida —Scarlett miraba a John y a su padre, alternativamente.

Fiorella acarició su cara con la pistola que yo le había dado y sonrió.

—Así que Vera y tú le pedisteis a Xesco y a Vitorio que pusieran la bomba... dinos porqué.

Scarlett no hablaba. Seguía con la vista puesta en su familia. Kinsley estaba llorando, pero ya apenas se la escuchaba. Era solo un sollozo.

Fiorella tiró de su pelo, y puso la pistola en su garganta, volviendo a amenazarla sin éxito.

—¡Contesta! —le exigí.

El rostro de Scarlett no se alteró ni su voz desentonó cuando se dirigió a mí.

—¿Cómo puedes dormir, Blake? —me escupió, como si ella fuera mucho mejor que yo.

Me temblaba todo el cuerpo de pura rabia. Lo que había hecho era de baja calaña. Scarlett era escoria.

—¿Cómo puedo dormir yo? —espeté—. Habéis puesto una bomba en el coche de mi padre —cogí su cara entre mis manos, apretando tanto como pude. Fiorella se apartó y me dejó hacer—. Dime, Scarlett, ¿su fantasma te atormenta por las noches?

Me sentía enajenada. Habían matado a mi padre. Habían herido a mi primo. Y ahí estaba, echándome cara.

Soltó una risita hiriente y me pareció desequilibrada. Sabía que me odiaba, pero nunca pensé que hasta ese punto.

—Lo único que me atormenta es no haberte puesto la bomba a ti, como propuse.

Increíble. Miré a mi abuelo, que en ese momento estaba acariciando la mano de mi abuela. Ambos imperturbables. Él asintió y fue lo único que me hizo falta para saber qué hacer a continuación.

—¿Sabes? —siseé yo—. No duermo bien desde que mi padre murió —apreté más su cara—, pero espero que tu muerte me ayude esta noche.

Siempre supuse que, llegado el momento, no me importaría matar, pero no era una asesina. No como los Spígola o los Léoni. Sin embargo, mi sed de venganza me pedía que lo hiciera. Que la matara yo misma.

Como siempre decía mi abuelo, no se le puede tener respeto a quien no se respeta a sí mismo y Scarlett se había vendido, llevándose toda nuestra misericordia con ella.

—¡Piedad! ¡por favor! —gritó John casi a mi lado y me faltó reír—. Es mi hermana, Blake —me rogó, poniéndose de rodillas.

Podía entenderlo. <<Familia>> era un concepto irrefutable para nosotros y, sin embargo, ellos nos habían arrebatado a la nuestra.

Nos habían traicionado. Incluso él lo había hecho, aunque yo no lo delatara. En mi mente, le tenía guardada la más cruda de las torturas.

La puerta se abrió y mi tía Bianca entró. Rápidamente, se puso al lado de mi madre y yo la miré. No lo había hecho antes, porque estaba cegada por la ira. Pero ella, al igual que mis abuelos, me pedía que terminara lo que había empezado.

—Considéralo un regalo de boda, John —dije, con sumo placer—. Sabes que podría hacerle cosas mucho peores que la muerte.

Encañoné mi pistola en su cabeza y me dispuse a disparar, pero alguien se adelantó un paso. Luciano.

—Si tiene que morir, prefiero que sea por mi mano —mi suegro cargó su arma.

Pero yo no iba a dejar que esto lo hiciera él.

No lo iba a hacer, porque todo mi cuerpo clamaba que la matara yo. A ella, a John, a Vera y a los Léoni.

No lo iba a hacer, porque no sabía si Luciano y Kinsley estaban tan implicados como sus hijos.

Y, sobre todo, no iba a dejar que nadie se cobrara la *vendetta* que había prometido a mi padre.

—Lo siento, Luciano —apoyé una mano segura en su pistola y la bajé. No se opuso—. Esto es solo cosa mía.

—Hay gente que no merece vivir en este mundo —habló mi abuelo y no pude estar más de acuerdo—. Tendrá que ajustar cuentas allí abajo.

—Pero eso no somos nosotros quienes lo decidimos —replicó Luciano—. Y, de ser así, quiero ser yo quien le dé a mi hija ese destino.

Mi suegro miró al resto de personas congregadas allí, esperando que alguien le diera la

razón, pero todo el mundo callaba y yo me regodeé.

De ese juicio yo iba a ser jurado, juez y parte.

—Tu hija está en mi casa y, en estos quinientos metros cuadrados, yo soy Dios —disfruté pronunciando, y fue lo último que dije antes de que una bala volara la cabeza de su hija.

—Yo no fui, fue mi... —no pudo hablar más. La bala le atravesó el cráneo y, lo que nos quería contar, murió con ella.

Un murmullo recorrió la sala.

Unas gotas de su sangre me habían salpicado el vestido. Me pareció casi poético.

Los ojos de Scarlett, aún abiertos, estaban puestos en John y, por inercia, yo también lo observé. Me profería una profunda mirada de odio que le devolví sin titubear.

Qué bien había sabido interpretar su papel. Qué bien nos había engañado a todos.

Me sentí como una imbécil. Conocía a los Ricco desde que era pequeña. John había sido mi novio desde el colegio... pero siquiera recordar eso valía ya para nada.

—Yo le di la vida. Debía ser yo quien le diera la muerte —pronunció Luciano, antes de llevarse a lo que quedaba de su familia consigo.

Quizá el resto de familias tampoco me lo perdonaran, matarnos entre nosotros era sobrepasar un límite tácitamente impuesto desde el principio de los tiempos.

Quizá, algún día, yo también tendría que ajustar muchas cuentas. Pero vi el alivio en el rostro de mi madre y eso fue suficiente para saber que, cualquier infierno que tuviera que soportar, había merecido la pena.

Capítulo 16. La guerra

BLAKE

Abracé a mi madre y le dije a mi tía que Giordano había sido herido. Mis abuelos, mi madre, tía Bianca y yo corrimos en su busca, no sin antes pedirle a mis hombres que se encargaran del cadáver de Scarlett.

Un médico, amigo de tío de Agostino, lo estaba visitando en su habitación.

—Son solo contusiones, Agostino. No os preocupéis —informó, guardándose el estetoscopio en su maletín—. Vigila si le duele más de la cuenta o si sangra, así sabremos que hay hemorragia interna —se volvió hacia mi primo—. Cuidate, Giordano.

Respiramos con cierto sosiego, aunque no el suficiente. Todavía teníamos que contarles a todos la implicación de John, y encontrar a Vera y a los Léoni para terminar de hacer justicia.

Martia estaba cogiéndole la mano a primo y me reconfortó el gesto. Aunque su hermana nos hubiera traicionado, seguíamos teniéndola a ella, a Zia y a mis padrinos. Ellos tampoco estaban de acuerdo con la actitud que Petra nos mostraba siempre que podía.

Me acerqué a la cama, puse una mano en la cabeza de mi primo y lo acaricié.

—Giordano —dije. Estaba flotando entre la consciencia y la inconsciencia. El médico le había dado un calmante.

—Blake —pudo pronunciar y esperé que en mis ojos viera una batalla ganada.

—Descansa, cariño —le di un beso en la cabeza, como tantas otras veces me lo había dado él a mí—. Tía Bianca, ¿dónde está Cósomo?

No había visto a mi primo en lo que me pareció un siglo y, con todo lo ocurrido, tampoco había reparado en él hasta el momento.

—No lo sé. No lo veo desde antes de que nos sentáramos en el jardín.

—Lo dejé saludando a Xesco —todos hicimos una mueca al escuchar a Martia pronunciar ese nombre—, antes de ir a buscar a Giordano para presentárselo —explicó, con voz apagada.

Eso me preocupó. ¿El Léoni le habría hecho algo a mi primo?

Fui a buscarlo a su habitación, pero no estaba. Volví sobre mis pasos para coger el móvil que estaba en mi habitación. Ningún mensaje. ¿Dónde estaría Cósomo? Él no era de los que se perdían la acción, ni de los que se iban sin decir a dónde.

No sabía dónde más buscarlo, así que marqué el teléfono de Álex. También tenía que informarlo sobre lo que había escuchado decir a Vitorio. Todos los Cabante estaban en peligro.

Sonaron casi ocho tonos hasta que me atendió el contestador. Todo era demasiado raro. Busqué el teléfono de Romano en las carpetas de información que teníamos sobre ellos y lo marqué.

—¿Quién es? —contestó con un suspiro.

—Hola, Romano. Soy Blake. Perdona que te moleste, pero no encuentro ni a Álex ni a Cósomo.

—Blake, Álex piensa que Cósomo nos ha traicionado y hace más de una hora que no sé nada de ellos. Iba a interrogarlo.

Pero, ¿cómo podía ser aquéllo? ¿otra afrenta? ¿para eso había venido Álex a mi fiesta? Pero,

¿qué motivo tendría para pensar que mi primo traicionaría a su novio o a ningún Cabante?

Cósomo adoraba a Álex y amaba a Romano.

—¿Dónde están?

—He localizado el móvil de mi hermano. Siguen en vuestra casa. No sé en qué parte, pero Bass y yo ya vamos de camino.

Yo sí sabía dónde estarían.

En la alacena.

ÁLEX

—Dime por qué, Cósomo.

Apuntaba al novio de mi hermano con mi pistola. No me temblaba el pulso, pero sí el resto del cuerpo.

Lo tenía de pie frente a mí.

Tan corpulento como era, parecía demasiado indefenso a mis ojos. Incluso sentí la necesidad de abrazarlo, pese a todo lo que seguramente habría hecho.

—Por qué, ¿qué? Álex, no entiendo nada.

—Estás en tratos con el FBI —aclaré—, y quiero saber por qué.

—¿Qué? No, no. ¡Claro que no! —se revolvió, mirándome con los ojos como platos—. El tío del FBI vino a buscarnos por tío Roberto, porque estaban siguiendo a Palmiro —explicó—. No tiene nada que ver con vosotros y ni siquiera lo hemos ayudado.

Casi quise creerle, con todas mis fuerzas. Pero había mucho más. Seguí apuntándole a la cabeza.

—Pero mentiste a Romano.

—¡Claro! ¡porque nadie podía enterarse! Ese tipo me contó que tío Roberto estaba ayudándolo a cazar a Palmiro, pero estamos seguros de que no era así. Tío Roberto no era un topo.

—¿Lo sabe Blake? —pregunté extrañado.

Que un agente federal acusara a Roberto Marcomni de traidor parecía inverosímil a todas luces, aunque yo tampoco lo hubiera esperado de Cósomo.

—¡Por supuesto! Ella fue quien me dijo que no contara nada a Romano. Nadie debía saberlo.

Estaba casi seguro de que decía la verdad en aquéllo.

Esa era una información que no podía trascender o se enfrentarían con el resto de familias.

Quizá había algo de esperanza.

—¿Y lo de Roma? ¿por qué sabías lo que habíamos hecho?

—Lo averigüé poco después de conoceros, pero no se lo dije a nadie, ¡ni siquiera a Blake!

—¿Por qué hiciste eso? ¿por qué no contárselo a Blake o a tu hermano? —apenas nos conocía. ¿Por qué protegernos?

—Giordano fue quien hizo la investigación principal, pero solo encontró cosas de Nueva York y poco o nada de vuestra vida en Roma, simples migajas.

—Lo enterramos todo antes de irnos —confirmé, ya que nos estábamos sincerando.

Si Cósomo salía de allí con vida, sería porque decía la verdad y, por tanto, protegería nuestro secreto.

Si mentía, moriría, y se lo llevaría a la tumba.

En cualquier caso, no había motivo para no poner todas las cartas sobre la mesa.

—Me pareció bastante extraño. Uno no puede tapar veinte años de vida de un plumazo.

—Entonces fue cuando investigaste.

—Exacto. Como ya sabes, a mí me gusta mirar más allá. Ver lo que nadie ve —aclaró—. Cogí su información e indagué, simplemente. Sin más pretensiones.

—Seguiste tu intuición —afirmé.

—Rara vez me equivoco —puso un amago de sonrisa. Ni en circunstancias como esta podía dejar su chulería a un lado y lo quise por ello, aunque yo sabía que no debía bajar la guardia—. Pero comprendí que no erais malas personas. Si Blake o yo nos hubiéramos encontrado en vuestra situación, seguramente hubiéramos hecho lo mismo.

El caso es que mi intuición también me decía que me fiara de él. Desde que lo conocí, sentí esa fuerte conexión, pero eran demasiadas cosas.

—Me enamoré de Romano —continuó—, y me pareció una tontería desenterrar lo que tan bien habíais escondido.

—Pero se lo echaste en cara a la menor oportunidad —por lo que nos había contado mi hermano, se lo soltó de una manera bastante cruel.

—Me vi entre la espalda y la pared, Álex. No podía traicionar a mi prima. No podía contar lo del tipo del FBI y cambié las tornas. Si Romano se preocupaba por lo que yo sabía, no pensaría en lo que había descubierto él —miró hacia abajo y suspiró—. La cagué estrepitosamente. Lo sé.

—Y, ¿por qué estabas hablando con Xesco Léoni en la fiesta?

—Martía, la novia de mi hermano, me lo presentó. Xesco y Vitorio han venido a ver a Petra. Llevaban toda la noche paseándose por la fiesta, ¡han hablado prácticamente con todo el mundo! —exclamó—. Tienes que creerme, Álex. Por favor.

Todo lo que Cósomo decía iba cobrando sentido.

Para todo tenía una explicación y resultaba plausible.

Casi estaba dispuesto a confiar en lo que me contaba... aunque algo de debate había aún en mi interior, había cosas que no cuadraban y me disponía a seguir preguntándole, cuando noté que algo frío se apoyaba en mi cabeza.

Me giré y vi a Blake apuntándome.

—Déjalo —me ordenó.

Contuve el aliento, destrozado porque ella atentara contra mi vida y, a la vez, aliviado porque la muerte de mi amigo ya no estuviera en mis manos.

BLAKE

—Te he dicho que lo dejes —repetí.

Nada me dolía más que apuntar a Álex con una pistola, pero debía entender que se estaba equivocando. Debía soltar a mi primo para que pudiera explicárselo.

Bajó el arma lentamente hasta dejarla en el suelo y se dio la vuelta para aguantarme la mirada.

Por primera vez en mucho tiempo, pude respirar tranquila.

—Gracias, Blake —Cósomo se acercó a mí y yo lo mantuve a mi costado con el brazo que me quedaba libre pero sin deponer mi arma.

—Álex, mi primo no ha hecho nada. Fue Vera Lorenzo, junto con los Ricco y los Léoni.

—¿Cómo? —me miró Cósomo, sorprendido.

—¿Los Léoni? —preguntó Álex y, captada su atención, supe que ya podía guardar el arma.

—John está con Vera —expliqué—, y Scarlett con Vitorio Léoni. Ellos fueron quiénes pusieron la bomba en el coche de mi padre —ninguno pronunció palabra, esperando que continuara—. Antes de morir, Scarlett dijo que no había sido ella. Nos iba a decir quién fue, pero no le dio tiempo.

—¿La has matado? —me preguntó mi primo.

—Sí, Cósomo. Nos engañó a todos y me he encargado de ella. Pero Los Léoni y Vera han escapado y, Álex —lo miré—, van a por vosotros.

ÁLEX

No dudaba de que los Léoni se hubieran dado cuenta de que habíamos sido nosotros los que matamos a sus padres, lo que me llamó la atención es que llevaran en Nueva York más tiempo del que pensábamos.

—No ha sido Petra quien los ha traído a Nueva York, sino los Ricco —continuó ella—. Tenemos que encontrarlos nosotros primero.

—¿A qué te refieres? —preguntó Cósomo a su prima justo en el momento en que Bass y Roma entraban a la alacena.

—¿Que hacéis aquí? —les pregunté, ¿y cómo sabían ellos dónde estábamos?

Roma besó a Cósomo, así que fue Bass quien contestó.

—Aquí, el lumbreras —señaló a Romano—, que localizó tu móvil en esta dirección y también ayuda que os hayáis dejado la puerta abierta, genios —se burló.

Era cierto, Blake no la había cerrado al entrar.

—Hay que encontrar a los Léoni y a Vera. John todavía no sabe que somos conscientes de que está implicado —todos la miramos para que nos lo explicara—. John y Vera van tras mi herencia —suspiró nerviosa al ver nuestras caras de incertidumbre—. Mataron a mi padre para que yo heredara su patrimonio y, seguramente, después del matrimonio querrían matarme a mí y quedarse con todo.

—Pero ese matrimonio no se va a celebrar... —aventuró Bass.

Blake sonrió escuetamente, con la sed de venganza hirviendo en su sangre.

—Más bien se va a celebrar un funeral... o cinco —nos miró a todos expectante—. ¿Estáis conmigo?

Todos asentimos, pero Cósomo preguntó por su hermano.

—¿Dónde está Giordano?

—Lo han herido, pero se recuperará —lo tranquilizó rápidamente Blake.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —pregunté, alzando las cejas con una media sonrisa. Me gustaba tenerla de mi parte. En esto y en todos los sentidos.

Ella se apartó el pelo del hombro y me devolvió la sonrisa, clavando sus ojos negros en los míos.

—Vamos a tenderles una emboscada, al más puro estilo de la mafia.

Epílogo

*En la habitación de Giordano,
esa misma noche.*

BLAKE

Mi padre quería que descubriera quién lo había traicionado. Quién puso la bomba en su coche. Sabía que era alguien cercano y no se equivocaba. Porque los Léoni habían sido una mera herramienta en manos de John, Vera y Scarlett.

La realidad era que teníamos muchos más enemigos de los que pensábamos y que estos estaban demasiado cerca.

Subimos a la habitación de Giordano que, aun en su estado convaleciente, debía enterarse de lo ocurrido. En los pasillos ya no quedaba nadie y esperaba que tampoco hubiera rastro de lo ocurrido en la sala de reuniones. Mis hombres se habrían encargado de ello.

Por suerte, encontramos a mi primo despierto. Martia ya se había marchado. Ella también tenía que enfrentar la traición de Vera.

—Quién sabe si están todos los Ricco implicados. No me fio de Luciano —comentó Cósomo.

—Yo no me fio de nadie —dije segura.

—Os ayudaremos a acabar con ellos —afirmó Álex.

—Por supuesto —confirmó Bass—. Y nosotros terminaremos lo que empezamos en Roma.

—¿A qué te refieres? —preguntó Giordano, que estaba tumbado en su cama. Todos estábamos rodeándolo.

—Hay muchas cosas que tenemos que contaros... —Romano miró a sus hermanos y se dispuso a contárnoslo todo—. A estas alturas, no tiene sentido que sigamos ocultándolo. Veréis...

La vida anterior de los Cabante me explicó muchas cosas sobre sus vidas actuales. Su pasado y su presente se estaban enfrentando y solo podría quedar uno en pie.

Así comprendí que no todo era blanco o negro.

Que el corazón y la razón podían ir tan de la mano como estar completamente alejados.

Que la suerte se conseguía labrando nuestro propio destino.

Y que nunca se había tratado del bien o del mal, sino del poder. Y ese poder lo llevábamos nosotros dentro e íbamos a utilizarlo.

Porque, si quien ambicionaba destruirnos era fuego enemigo, lo veríamos venir y nos prepararíamos.

Pero, cuando quien quería herirnos era fuego amigo, la pesadilla comenzaba al abrir los ojos.

Y nosotros ya los habíamos abierto.

Estaríamos listos.

Empezaba el verdadero juego.

LAS OCHO FAMILIAS

Familia Marconni: Manhattan

Florenzza Bonetti

Annetta Spígola y Doménico

Lena De Lucchi y Roberto

Bianca y Agostino

Blake

Giordano Cósomo

Familia Cabante

Alessio y Fiona Stanti

Mérida (Alfredo Collati)

Alessandro

Sebastian (Julia)

Romano

Leo (Livia)

Familia Gulio: Staten Island

Ignato
Sylvana y Noah

Fiorella (Carrick)

Familia Lorenzo: Queens

Micaelo y Petra Léoni

Salvatore y Graziella

Lucrezia Martia Vera

Familia Inchenza: Bronx

Palmiro y Rosetta

Matteo Elio Fredo

Familia Ricco: Brooklyn

Luciano y Kinsley

John Scarlett

Familia Spígola

Hemelda y Edgar

Lucho

Anneta

Marco

Vinchenzo

Antonello (Renata)

Familia Léoni

Santos y Marieta

Ricardo y Estefanía

Petra

Xesco

Vitorio

Marcello

Notas

1. Mi corazón es tuyo.
2. Fuerza armada dependiente del Ministerio de Defensa.
3. Jefe, te he echado mucho de menos. ¿Cómo estás?
4. Estoy bien.
5. Periodistas.

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Copyright](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Segundo Prólogo](#)

[Capítulo 1. Nueva York](#)

[Capítulo 2. Roma](#)

[Capítulo 3. Refuerzos](#)

[Capítulo 4. La primera batalla](#)

[Capítulo 5. El Funeral](#)

[Capítulo 6. Reencuentros](#)

[Capítulo 7. El desafío](#)

[Capítulo 8. Lumière](#)

[Capítulo 9. La clave](#)

[Capítulo 10. Revelaciones](#)

[Capítulo 11. Sospechas](#)

[Capítulo 12. El compromiso](#)

[Capítulo 13. Superstición](#)

[Capítulo 14. Traición](#)

[Capítulo 15. La segunda batalla](#)

[Capítulo 16. La guerra](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Las ocho familias](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Agradecimientos

Publicar este libro me hacía especial ilusión por todo el tiempo que ha transcurrido desde el primero. Espero que lo disfrutéis y solo puedo daros las ¡GRACIAS!

Por leer este y mis otros libros.

Por ilusionaros y vivirlos.

Por querer más y hacerlos posibles.

La historia continúa en... Profecía: la Mafia es solo el comienzo.

¡Os espero!



amazon

Sobre la autora

Raquel Attard Porras (Málaga, 1987). Licenciada en Derecho y Máster en Asesoría Fiscal, he trabajado como abogada y colaboradora en distintos periódicos y revistas del sector legal. Mi pasión por la literatura y la poesía me llevó a escribir, bajo seudónimo, mi primera novela romántica: Haz que cuente.

A partir de ahí, conocí mi verdadera vocación y vinieron: Bendita Locura, Te lo concedo, Realidad: la mafia es tu vida y Superstición: el poder de la Mafia.

En poesía y narrativa teatralizada, he publicado Impronta y Dónde está la salida. Todas ya con mi nombre real.

Vivir tantas vidas, a través de cada personaje, es un lujo que solo el lector se puede permitir. Pero tener el placer de crearlas, y verlas volar, es la gran suerte del escritor. Gracias por acompañarme en cada aventura.